

LA VIVIENDA VACCEA

THE VACCAEAN HOUSE

Juan Francisco Blanco García
Universidad Autónoma de Madrid
paco.blanco@uam.es

Resumen

El incremento de las excavaciones en poblados de la Edad del Hierro del Duero medio desde 1985 hasta hoy ha supuesto un mejor conocimiento de cómo vivían y pensaban los vacceos. Uno de los aspectos que en la actualidad nos resulta conocido al menos a grandes rasgos, pues aún falta mucho por hacer, es el referente al mundo urbano, ya que sabemos de manera bastante ajustada las dimensiones que poseían sus ciudades, los dispositivos de defensa con los que muchas de ellas contaban, los usos de los espacios periurbanos y algunos retazos de su urbanismo. Sin embargo, y a pesar de que en estos años también ha habido un aumento considerable de la información relativa a los espacios domésticos, aún sigue siendo insuficiente, estando focalizada, además, en unos pocos enclaves: Rauda, Pintia, Cauca, Montealegre de Campos, Melgar de Abajo, Vertavillo. La mayor parte de las ciudades vacceas, al no haber sido objeto de excavaciones, ni siquiera tenemos datos parciales de sus viviendas.

En este trabajo nos proponemos volver la vista atrás para establecer el punto en el que la investigación se encuentra en cuanto a la arquitectura doméstica del mundo vacceo para, a partir de aquí, ir cubriendo las lagunas de conocimiento que aún arrastramos.

Palabras clave: Arquitectura doméstica, vacceos, Edad del Hierro, Valle del Duero, España central.

Summary

One of the consequences of the increasing of excavations at Iron Age cities situated in the middle Duero valley territory since 1985 until today is a better knowledge of vaccaean way of life. Perhaps, the world of their cities is most dense in archaeological data: size, walls of mud-brick and stone, defensive ditches, urbanism, uses of peripheric spaces, and so on. But actually it is insufficient our information about the domestic constructions because only in a few sites, like Rauda, Pintia, Cauca, Montealegre de Campos, Melgar de Abajo or Vertavillo, has been extensive the excavations.

In the present study we are going to make a consideration of the architectural features that have been identified on the vaccaean private buildings. Vaccaean houses typically employed clay or irregular stone foundations that would have supported a mud-brick superstructure and postholes for wooden supports, the plants are rectangular —with four or five rooms habitually—, and sometimes circular, have only a floor, only a entrance, and within 30 and 80 square metres in size. In later phases, differences between houses become more marked.

Keywords: Domestic Architecture, Vaccaean peoples, Iron Age, Duero valley, Central Spain.

Las raíces más profundas de la arquitectura doméstica de las ciudades vacceas se encuentran en las fases iniciales de los poblados pertenecientes a la cultura del Soto de Medinilla, situadas cronológicamente entre mediados del siglo IX a. C. y avanzado el VIII. En tan altas fechas, las viviendas son de planta circular y a veces ovalada, están construidas con postes de madera y barro, tienen suelos de tierra o arcilla prensada, hogar central y de forma habitual un banco corrido de arcilla masiva con murete de contención adosado a un sector de la pared, como ha podido reconocerse en varios de los más destacados enclaves soteños, entre ellos el propio poblado del Soto (Palol y Wattenberg, 1974: 186, fig. 62; Romero Carnicero, 1992: 180-182; Delibes de Castro, Romero Carnicero y Ramírez Ramírez, 1995: 154-156, fig. 2 y lám. I; Ramírez Ramírez, 1999). Salvo algunas pequeñas construcciones domésticas auxiliares de planta cuadrada o rectangular, la tendencia a construir de este modo en el valle del Duero es más reciente que en el sur peninsular, donde ya desde el siglo VIII o, de manera más clara, desde comienzos del VII a. C., se empieza a generalizar, como se observa en Puente Tablas, El Castellar de Librilla o Peña Negra (Ruiz, 2009: 157), por ejemplo. Realmente, en el territorio vacceo, y salvo en algún enclave situado al sur del Duero, tendremos que esperar hasta comienzos del siglo IV a. C. para ver cómo, dentro de un urbanismo ya planificado, con calles y manzanas de viviendas, se imponen las edificaciones cuadrangulares, si bien las de planta circular se siguen levantando, aunque ya de manera excepcional, en ciertas zonas durante la plenitud del Hierro, como se ha podido observar en algunos asentamientos situados tanto en el centro de la cuenca del Duero, caso de Montealegre de Campos, El Soto o Melgar de Abajo (resp., Heredero García, 1995: 255-257, fig. 4, lám. II; Escudero Navarro, 1995: 197-200 y 210, fig. 10, lám. V; Cuadrado y San Miguel, 1993: 313-316, fig. 6A, láms. II-IV), como en su periferia, zona ésta, por otra parte, en la que más perduró por razones económicas y medioambientales, y en este caso hemos de fijarnos, como ejemplo significativo, en las construcciones de la Fase II de Manganeses de la Polvorosa (Misiego *et alii*, 2013: 264-284, láms. 118-141).

La continuidad en cuanto a los materiales utilizados y a las soluciones constructivas (adobe, tapial, postes de madera, suelos de arcilla endurecida, bancos corridos...) a lo largo de toda la Edad del Hierro en las tierras centrales del Duero, sin ruptura alguna entre el Hierro Antiguo y el Pleno, es uno de los numerosos elementos, quizá el más significativo, en el que se sustenta la idea de que las poblaciones soteñas no son más que los antepasados de los vacceos del Segundo Hierro. Son las mismas gentes que, como consecuencia de una mejor adaptación y explotación del medio, han experimentado un gran crecimiento demográfico cada vez más concentrado en los lugares que mejores condiciones de vida ofrecían, que al mismo tiempo son los más seguros desde el punto de vista militar, y que en definitiva han evolucionado hacia niveles de organización (social, política y económica) más desarrollados y complejos. No obstante este proceso que a nosotros nos parece incuestionable, y por lo que se refiere al tema del que aquí trataremos, hay que empezar señalando cómo en esa continuidad arquitectónica sí que se observa que determinados elementos que estaban presentes en viviendas soteñas no parecen haber pasado al Hierro II

o bien se han minimizado: las paredes con las hiladas de adobes retranqueadas, como la documentada en una casa de La Mota, la colocación de los adobes a tizón o en vertical, los solados de adobes, tan corrientes en las casas del salmantino Cerro de San Vicente o del yacimiento zamorano de los Cuestos de la Estación, por ejemplo, los diseños geométricos pintados en rojo y negro de los zócalos de algunas casas, son sólo algunos de ellos. De todo esto iremos dando cuenta en las páginas que siguen porque ahora lo que conviene es echar la vista atrás para hacer memoria de cómo ha ido creciendo a lo largo del tiempo la información que hoy tenemos sobre la arquitectura doméstica vaccea.

Hasta la década de los ochenta del pasado siglo era prácticamente testimonial lo que de ella se sabía. Referencias sueltas a la aparición de muros de adobes con algo de piedra, a suelos de arcilla apelmazada y de cantillos, a postes quemados, a revocos de paredes con restos de pintura blanca e incluso, en ocasiones, a plantas de viviendas, sí se hacen por parte de algunos pioneros de la arqueología vaccea al comentar los materiales arqueológicos hallados en varios yacimientos, como El Soto de Medinilla (Serrano y Barrientos, 1933-1934: 7-8), Tariego de Cerrato (Wattenberg, 1959a) o *Pallantia*/Palenzuela (De Castro, 1973: 451-453), por ejemplo. Los trabajos realizados por Wattenberg en 1956 y posteriormente por Palol en el propio Soto de Medinilla merecen consideración aparte, pues aunque sus comentarios se centran en las estructuras del Hierro Antiguo, a las del denominado *Soto III* siempre dedican unas líneas, aunque no sea más que para señalar el mal estado de conservación en el que se encuentran (Palol, 1958; *Id.*, 1961: 646-647; *Id.*, 1966: 31-32). Gracias a todo esto, poco a poco va fraguando la idea de que la vaccea es una arquitectura eminentemente de barro, madera y poca piedra, al menos en el territorio nuclear vacceo, aunque todavía con gran escasez de datos. Buena muestra es que en *La Región Vaccea* de F. Wattenberg apenas se dedican unas líneas a la misma y únicamente se recogen algunos datos extraídos de las primeras campañas de excavación realizadas por él mismo, Rivera y Palol en 1956 y 1957 en el referido poblado vallisoletano (Wattenberg Sanpere, 1959b: 21).

De manera breve, con los resultados de las excavaciones efectuadas entre 1957 y 1965 escribieron Palol y Wattenberg un corto epígrafe en la *Carta Arqueológica de Valladolid* (1974: 191 y 193-194) que, una vez más, resulta parco en datos. Poco después de que se realizara esta publicación, a partir de 1977 concretamente, es *Randa* el enclave que empieza a generar información sobre construcciones domésticas vacceas, la cual da cuerpo en la tesis de J. D. Sacristán a un capítulo expresamente dedicado a ellas (Sacristán de Lama, 1986: 147-149). A pesar de su corta extensión, esta es la primera vez en la historiografía vaccea en la que, con carácter monográfico, se hace un sucinto análisis estructural sobre viviendas vacceas. A partir de esos finales de los años setenta e inicios de los ochenta, las excavaciones en poblados vacceos entran en una fase de progresiva aceleración, sobre todo a partir de 1985, en el marco de la recién estrenada *Ley del Patrimonio Histórico Español* (16/1985, de 25 de julio) y dentro de un contexto general en el que cada comunidad autónoma trataba de buscar parte de sus señas de identidad en los pueblos prerromanos. Buena parte de los resultados de una actividad arqueológica que casi se puede tildar de febril empezaron a aparecer al poco tiempo, muchos de ellos firmados por una generación de nuevos arqueólogos salidos sobre

todo de la Universidad de Valladolid, pero también de las de Salamanca y la Autónoma de Madrid. Fueron apareciendo de forma muy resumida y con carácter preliminar en la serie institucional *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, sobre todo en el capítulo denominado *Arqueología Preventiva y de Gestión*, pero a partir de 1993 de manera ya más analítica y científica.

Este de 1993 fue el año en el que se publicó el monográfico *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero* (Romero Carnicero, Sanz Mínguez y Escudero Navarro, 1993), donde se recogieron numerosas intervenciones arqueológicas que tuvieron lugar entre 1980 y 1991 y que supuso un punto de inflexión importante, un salto cualitativo de consideración para el conocimiento de los espacios domésticos vacceos por cuanto en él se dio a conocer documentación novedosa obtenida en casi una docena de destacados núcleos del centro del Duero. Parte sustancial de la información ofrecida sobre algunos yacimientos en esta monografía, aunque con datos que la ampliaban y matizaban, de nuevo aparece recogida en otra publicación de las mismas características editada por Delibes de Castro, Romero Carnicero y Morales Muñiz (1995) en cuyo capítulo introductorio a la Edad del Hierro se hace un breve resumen de lo que sobre las viviendas vacceas se sabía hasta ese momento (Delibes de Castro *et alii*, 1995: 101-102). Lo novedoso, para el tema que aquí nos ocupa, es que en esta segunda monografía tuvieron cabida dos importantes poblados que habían quedado fuera de la primera: El Soto de Medinilla vacceo (Escudero Navarro, 1995) y Las Quintanas de Valoria la Buena (San Miguel, 1995). En conjunto, se puede decir que ambos volúmenes constituyen un magnífico reflejo de lo que se puede calificar como la etapa más fructífera en cuanto a la investigación de campo en el ámbito vacceo se refiere. En ella habría que enmarcar también el trabajo que sobre el poblamiento de la Edad del Hierro en el centro del Duero publicaron Sacristán, San Miguel, Barrio y Celis en el *III Simposio sobre los Celtíberos*, donde se dedican unos párrafos a las características generales que muestran las viviendas vacceas (1995: 345-349), o el detallado y valioso estudio que en 1999 publicó J. Barrio sobre la arquitectura en barro de Cuéllar.

A pesar de este importante salto cualitativo, seguíamos a principios del siglo XXI sin disponer de plantas completas de viviendas cuadrangulares, pues viviendas de planta circular u ovalada sí habían podido ser excavadas al completo en varios poblados. Esta carencia venía siendo motivo de lamento habitual entre quienes nos dedicamos al estudio del mundo vacceo, pero el panorama empezó a cambiar en las mismas puertas de dicho siglo. Durante los primeros años del mismo ya sí se han podido exhumar trazas completas o casi completas de varias de ellas gracias a actuaciones en las que los espacios en los que se ha intervenido han sido de dimensiones considerables.

Así, en 1999 pudimos documentar en *Cauca* una secuencia de viviendas superpuestas de las que la más moderna se conservaba casi completa y con un almacén anejo que, por los restos en él hallados, seguramente sirvió para guardar grano (Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: 84-127, 131-135, figs. 19-22); en Las Eras de San Blas de *Rauda* se exhumaron entre 2000 y 2003 los restos de una vivienda completa de cuatro estancias más sótano, de 75 m² (Abarquero, 2006-2007: 186-187; Abarquero y Palomino, 2012); entre 2008 y 2010 fue en Montealegre de Campos donde de once viviendas dispuestas

a ambos lados de dos calles empedradas convergentes, con aceras, cuatro estaban casi completas en planta (Blanco García *et alii*, 2011). No obstante estos avances, hay que admitir que seguimos siendo muy deficitarios en información de este tipo, sin la cual pocas comparaciones se pueden establecer con las casas exhumadas en ciudades de etnias vecinas, como las del Raso de Candeleda, Chamartín de la Sierra, Numancia o el Llano de la Horca, por ejemplo.

El cincuentenario de la publicación de *La Región Vaccea* fue motivo para que, como homenaje a su autor, se celebrara una reunión científica en la Universidad de Valladolid con el objetivo de poner al día los conocimientos alcanzados sobre el mundo vacceo y ofrecer nuevas perspectivas. Publicadas las colaboraciones al año siguiente (Romero Carnicero y Sanz Mínguez, 2010), en el capítulo que J. D. Sacristán firma sobre el poblamiento y el urbanismo vacceos únicamente se hace una apresurada síntesis de las características que poseen las viviendas, con pocas novedades (Sacristán de Lama, 2010: 136-137), circunstancia que se repite en la publicación a la que dio lugar el proyecto de investigación gestado en la UCM *El origen del urbanismo en la meseta prerromana: de aldeas a ciudades* (Id., 2011: 195-196).

Con estos precedentes, el objetivo inicial con el que nos planteamos el presente trabajo era el de hacer un análisis de la vivienda vaccea con sentido diacrónico hasta donde fuera posible, pues escollos no faltan. El primero de ellos es la extrema escasez de secuencias constructivas locales, con superposición de edificaciones que abarquen las cuatro centurias que conforman el *tempo* de los vacceos históricos. En algún enclave, como Cuéllar por ejemplo, sí se ha registrado una sucesión de edificaciones superpuestas (Barrio Martín, 1993), pero en tan pequeña extensión que los datos obtenidos para saber cómo evolucionaron son insuficientes. Y estas intervenciones de pequeño tamaño, que son las habituales, nos conducen a un segundo problema: la carencia de plantas completas de viviendas que nos permitan no sólo establecer comparaciones entre las diferentes ciudades vacceas, sino también, dentro de cada una de ellas, observar procesos de expansión o recesión económica a lo largo de esos cuatro siglos, hacer deducciones de carácter social atendiendo a las diferencias métricas entre unas y otras así como a la calidad de la construcción. A estos dos impedimentos cabría añadir los amplios márgenes con los que a veces se fechan muchas construcciones exhumadas y, ya en otra dimensión, la escasez de materiales muebles que en la mayor parte de ellas se recuperan y que, de haberse conservado en cantidades significativas, nos permitirían hacer aproximaciones al perfil socio-económico e ideológico de quienes las ocuparon, que, en definitiva, como historiadores que somos, es nuestro objetivo principal. La mayor parte de las vacceas exhumadas son *casas sin cosas*.

Volviendo a las superposiciones de estructuras, lamentablemente para ninguna ciudad vaccea tenemos algo parecido a la secuencia de construcciones de la Primera Edad del Hierro registrada en el sondeo de 1989-90 efectuado en el Soto de Medinilla (Delibes de Castro, Romero Carnicero y Ramírez Ramírez, 1995). En ciertos lugares se han podido registrar dos, tres e incluso cuatro construcciones superpuestas del Hierro II, pero la dificultad está en tratar de ubicar cronológicamente cada una de ellas. Cuando en alguna ocasión se ha tratado de solventar el problema mediante análisis de laboratorio, las

desviaciones son tan grandes que de nada sirven las fechas obtenidas, con lo que por ahora siguen siendo los materiales asociados, sobre todo las producciones cerámicas y metálicas, los que mejores aproximaciones cronológicas permiten. Y aun así, dificultades no faltan: no resulta difícil aproximarnos a aquellas que se construyeron o fueron destruidas entre inicios del siglo II a. C. y el cambio de Era porque los materiales, aunque sean escasos y fragmentarios, pueden ser fechados con cierta precisión¹, pero el problema muchas veces está en las anteriores, en las que se levantaron o arruinaron entre, *grasso modo*, el 400 y el 200 a. C., ya que con las cerámicas de este dilatado periodo hay que afinar mucho, fijarse en unos pocos detalles específicos y, aun así, no resulta tan fácil poder concretar porque, salvo que con ellas se tengan materiales de importación bien fechados, lo cual es una rareza, son bastante homogéneas.

Estas y otras razones son las que, a la postre, nos conducen a optar por un análisis de carácter estructural de la vivienda vaccea, aunque sin renunciar a marcar diferencias cronológicas cuando los datos lo permitan.

1. Cimientos y plantas

En la mayor parte de las ocasiones, antes de comenzar a construirse una vivienda se llevaban a cabo labores de nivelación y consolidación del terreno, ya fuese éste natural o antrópico. Pero dependiendo de las características del lugar, el procedimiento variaba. Así, en sendas viviendas de la zona de La Aguilera, en Montealegre de Campos, el sustrato calizo del páramo se rebajó unos 10 cm creando una amplia superficie rectangular sobre la que se extendió un piso de tierra prensada con el objeto de rellenar las oquedades que quedaban (Heredero García, 1993: 293 y 295-296). En este mismo enclave, pero ahora en el solar de La Casona, excavado hace sólo unos años, sobre dicho sustrato se extendió una capa de tierra mezclada con pequeñas piedras calizas, todo muy compacto (Blanco García *et alii*, 2011). En la estancia principal de la vivienda 1 de Vertavillo fueron materiales echadizos los que se utilizaron para regularizar el terreno (Abarquero y Palomino, 2006: 46), y en la campaña de 1988 realizada en El Soto vacceo se pudo comprobar cómo las irregularidades del Nivel II se sellaron con una gruesa capa de arcilla de entre 30 y 45 cm de espesor (Nivel Ib) para sobre ella levantar las estructuras de adobe del Nivel Ia (Escudero Navarro, 1995: 200, fig. 9), procedimiento éste que también se usó, aunque la capa era de entre 10 y 30 cm, en La Era Alta de Melgar (Cuadrado y San Miguel, 1993: 313). Ya en la provincia de Segovia, en el extremo occidental de Los Azafranales de *Cauca* se cortó como a cuchilla el techo de los niveles del Hierro I para colocar los adobes de las casas iniciales del Hierro II y extender los pavimentos (Blanco García, e. p.: fig. 6.24), método que también ha sido constatado en otros poblados con un pasado soteño. Finalmente, y de nuevo en *Cauca*, así como en Cuéllar, cuando se construía una vivienda sobre los restos de otra arruinada no siempre se retiraban

¹ En este sentido, uno de los mejores ejemplos lo encontramos en la excavación practicada en 2006 en Coca —motivada por la ampliación del I.E.S. *Cauca Romana*—, que realizaron A. Balado, F. J. Marcos e I. Centeno, a quienes deseo expresar mi agradecimiento por haberme permitido consultar el informe de excavación.

los escombros, como sería lo más lógico, sino que a veces simplemente se macizaban a golpe de maza y se rellenaban los huecos con tierra. Cuando se hacía esto, era habitual que se reaprovecharan las paredes madre del edificio destruido para sobre ellas disponer la carga de las nuevas, usándolas a modo de cimentación, lo que significa que en estos casos la nueva vivienda tenía las mismas trazas que la anterior y que muy posiblemente quienes la construyeron serían las mismas personas que sufrieron la pérdida de aquélla, la misma familia.

Realizados los trabajos de acondicionamiento, comenzaban expresamente las labores de cimentación, aunque no en todos los casos, ya que se conocen viviendas vacceas que apoyan directamente sobre el nivel de base, e incluso casas en las que unos muros cuentan con cimientos contruidos pero otros no: en la Vivienda 1 de la zona de La Aguilera de Montealegre, por ejemplo, el tapial apoya directamente sobre la caliza, que hizo de cimiento natural (Heredero García, 1993: 293). En algunos lugares en los que la geología permite la obtención de materiales pétreos, los cimientos pueden ser de mampostería trabada con barro y en ocasiones de lajas colocadas en horizontal, como se observa en Melgar de Abajo (San Miguel, Arranz y Gómez, 1995: 383). Sin embargo, hay poblados que aun teniendo cerca recursos pétreos no los emplearon para las cimentaciones. Esta es la tónica general, y en este punto conviene recordar cómo en el barrio de Montealegre de Campos exhumado en las excavaciones de 2008-2010 las calles y aceras son de piedra pero las viviendas carecen de cimentación pétrea. En cualquier caso, cuando se ha usado la piedra, que insistimos, es excepcional, estamos ante cimientos con poco desarrollo vertical, pues raramente cuentan con tres o cuatro hiladas, lo que equivale a alturas de entre 20 y 40 cm, y anchuras nunca superiores a 50 cm, con independencia de que sean viviendas de planta circular o cuadrangular. Las alternativas a los cimientos de piedra, allí donde ésta es muy escasa o no existe, son diversas: el muro norte de la Vivienda 1 de Vertavillo tiene unos cimientos de gran dureza fabricados con mortero de cal mezclado con arcilla y cantillos que apoya en una capa de cenizas (Abarquero y Palomino, 2006: 42); en varios tramos del muro suroeste y también en la pared sureste de la *Casa del Sótano* de Rauda, así como en la base del tabique que separa las estancias 2 y 3 de la 4, se utilizaron vigas de madera (*Id.*, 2012: 57-58 y 119, lám. XI), y esto mismo se ha podido constatar en otros núcleos, como *Pintia* (Centeno Cea *et alii*, 2003: 79) o *Cauca* (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 42 y 44); de tapial también se hicieron algunas cimentaciones, hecho que se deduce del cajado de preparación para recibirlo en una de las construcciones de Cuéllar (Barrio Martín, 1993: 203) y, no deducido, sino físicamente conservado, lo tenemos en la pared oeste de una vivienda del barrio melgareño de Tardumeros que fue destruida a mediados del I a. C. (Cuadrado y San Miguel, 1993: 322, lám. X), así como en *Cauca* (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 62). Todo esto viene a significar la gran capacidad de adaptación y de soluciones técnicas que los vacceos tenían para solucionar los problemas prácticos que les planteaba la cimentación de una vivienda.

Desde hace muchos años ya, sabemos que a lo largo de casi todo el Hierro II estuvieron coexistiendo las viviendas de planta cuadrangular con las de plantas circular y ovalada. Así se ha constatado en media docena de poblados y de ello se ha hecho eco la

investigación en varias ocasiones. Tanto entre las viviendas de planta circular, por un lado, como entre las de planta ortogonal, por otro, las dimensiones son muy variables. Empezando por aquéllas, las construcciones 1 y 2 de La Era Alta de Melgar de Abajo, pertenecientes a momentos bastante avanzados, se ha calculado que podrían tener unos 28,5 m² (Cuadrado y San Miguel, 1993: 315, fig. 6, lám. II) (Figura 1). Algo más pequeña podría ser la exhumada parcialmente por R. Heredero en La Quemada de Montealegre de Campos, a pesar de que su trazada oblonga hace difícil concretar, pero que cuenta con una estructura también circular adosada que se cree dependiente de ella y ha sido interpretada como posible almacén o despensa, de 16,5 m² (Heredero García, 1993: 284-288, fig. 2, láms. IV-VI). De ser esto así, hay que pensar que la vivienda tendría más de 20 m², pues no sería lógico que fuera más pequeña que su almacén. Sin salir de este enclave, en las últimas excavaciones realizadas en pleno casco urbano vacceo se ha documentado otra nueva casa circular con banco corrido de adobes junto al muro sur y hogar central de planta cuadrada que podría tener entre 18 y 20 m² (Retuerce y Hervás, 2009: 9-10, láms. 12-13).



Figura 1. Vivienda de planta circular de La Era Alta (Melgar de Abajo, Valladolid) (Cuadrado/San Miguel, 1993).

Por lo que a las viviendas de planta rectangular o cuadrada se refiere, las diferencias en cuanto a las dimensiones son más abultadas, ya que oscilan entre 30 y más de 100 m². Por seguir con las viviendas exhumadas entre 2008 y 2010 en Montealegre, que como se recordará fueron destruidas en el siglo I a. C., las más pequeñas tienen unos 45/50 m² y la mayor pudo haber alcanzado los 70 m², esto último si convenimos en que las asignadas por nosotros mismos —bien es cierto que un poco artificialmente porque estaban muy destruidas—, con los números 6 y 9 no eran dos, sino una sola, en cuyo caso estaríamos ante una casa de unos 94 m² (Blanco García *et alii*, 2011: 79-80) (Figura 2). En el caso de *Pintia*, concretamente en los niveles de época sertoriana, la Casa A se calcula que tuvo unos 30 m² y la del Sector A1 pudo haberse aproximado a los 100 m², pues aun excediendo los límites de la excavación por los lados este, oeste y sur, se lograron exhumar nada menos que 72 m²; la Casa 1, ya de finales de época vaccea e inicios del Imperio, alcanzó los 47,8 m² (Centeno Cea *et alii*, 2003: 74-88) (Figura 3). Como se ha indicado más arriba, a 75 m² asciende las dimensiones de la *Casa del Sótano* de Rauda, fechada hacia finales del siglo III a. C. o dentro ya de la primera mitad de la centuria siguiente (Figura 4). Y en el caso de *Cauca*, la vivienda mejor conservada de la campaña de 1999, que, como la del Sector A1 de *Pintia* también excedía el espacio investigado por el lado sur, donde hubo de existir una antesala, constaba, además de ésta, de una estancia principal de 23,8 m² y un almacén o despensa situado en la parte posterior de aquella, de 8,9 m², con lo que podría haber alcanzado entre 42 y 45 m².

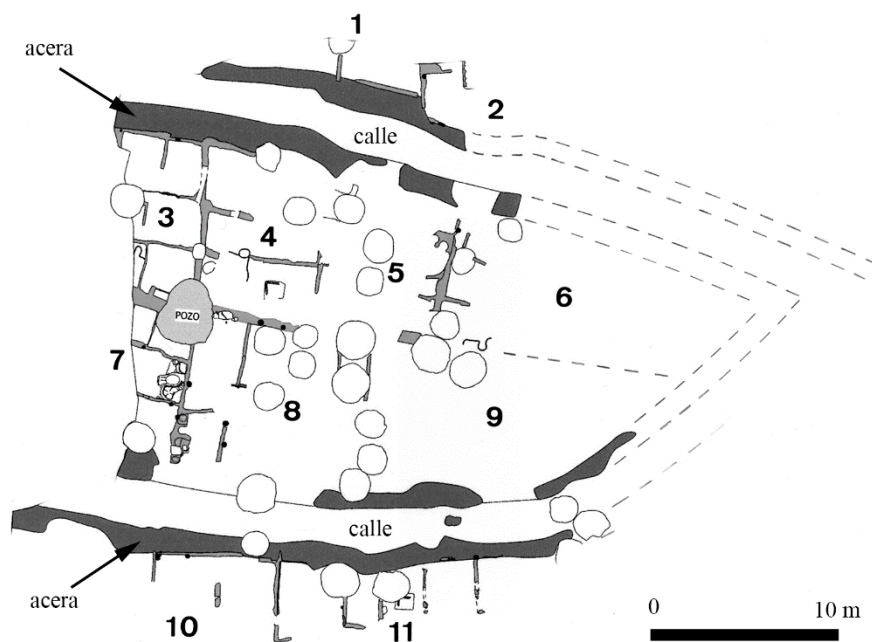
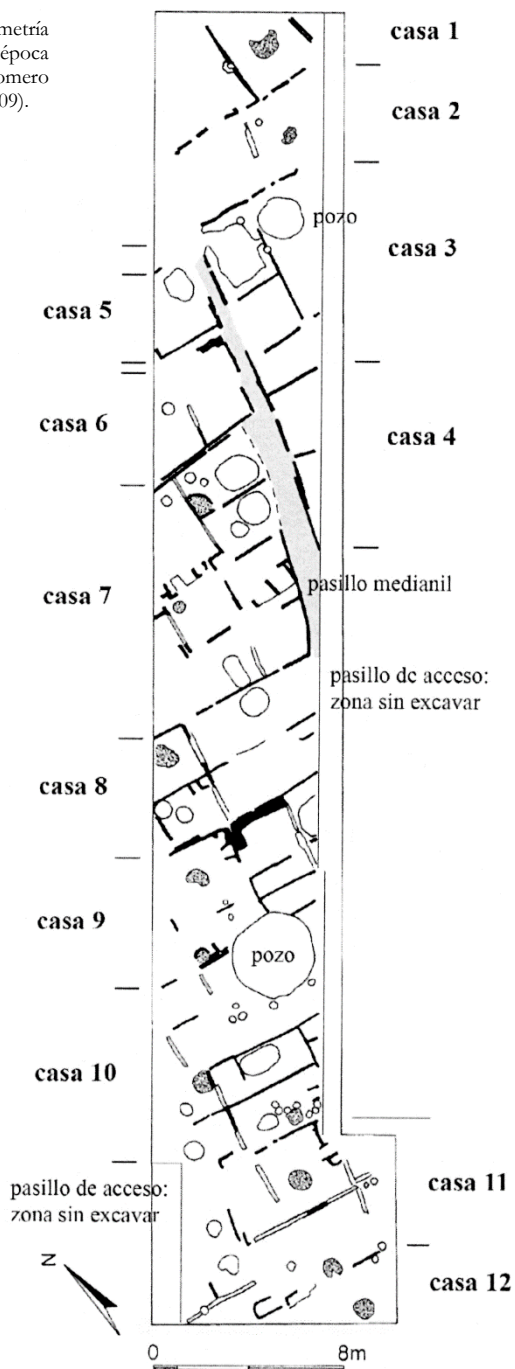


Figura 2. Planimetría del barrio de Montealegre de Campos (Valladolid) exhumado en las excavaciones de 2008-2010 (Blanco García *et alii*, 2011).

Figura 3. Las Quintanas-*Pintia*. Planimetría de las casas y calles de época sertoriana (Sanz Mínguez/Romero Carnicero/Górriz Gañán, 2009).



En general, tanto tomadas en conjunto como por yacimientos e incluso considerándolas por tramos cronológicos en los casos en los que se puede, el abanico de dimensiones de las viviendas vacceas es bastante variable, lo que indica acusadas diferencias económicas y sociales entre unas familias y otras porque a fin de cuentas estamos ante comunidades jerarquizadas. Estas mismas diferencias son observables tanto en las ciudades prerromanas meseteñas como en las del mundo ibérico (Ruiz y Molinos, 1995: 147-169). En el Núcleo D del Raso de Candeleda, por ejemplo, diez viviendas tienen entre 50 y 80 m²; una, algo más de 80 m²; cinco, más de 100 m²; tres, entre 110 y 120 m²; y una de ellas llega a alcanzar los 145 m² (Fernández Gómez, 2011: 371). No obstante, en algunas ciudades parecen no ser tan abultadas esas diferencias, como se puede comprobar en el carpetano Llano de la Horca, donde las casas oscilan entre los 70 y los 90 m² (Ruiz Zapatero *et alii*, 2012: 119), aunque también hay que pensar que en estos casos las exhumadas, que suelen ser de cronología avanzada ya, correspondan a un sector poblacional homogéneo desde el punto de vista socio-económico.

La organización espacial interna, dentro de la destacada homogeneidad constructiva vaccea, también varía de unas construcciones a otras. Las viviendas de planta redondeada suelen ser de espacio único, y si en algún caso existió compartimentación, evidencias no han quedado. Las cuadrangulares ya sí están estructuradas en varias estancias, generalmente entre tres y cinco pero en algunos casos superan la media docena. La referida *Casa del Sótano*, por ejemplo, constaba de cinco espacios: sala de 7,5 x 5 m, cocina de 5 x 3,25 m, dos alcobas y el sótano que le da nombre, de 2 x 2 x 1,8 m (Figura 4). De lo que hay pocos indicios, aunque en algunos casos parece intuirse, es de que en el territorio vacceo hubiesen existido casas tripartitas —vestíbulo/área de trabajo, sala y despensa—, tan características del valle del Ebro desde el Hierro I que, sin embargo, sí hallamos en algunas ciudades celtibéricas del alto Duero, como Numancia (Jimeno, 1994: 124, fig. 3; Revilla *et alii*, 2005: 163) o Castilmontán (Arlegui, 1990: 46). Puesto que está íntimamente ligada la distribución de los espacios con la funcionalidad de los mismos, y esta la podemos deducir a partir de las instalaciones inmuebles existentes en cada uno de ellos así como en los materiales muebles recuperados, parece más adecuado abordar esta cuestión no aquí, sino en el epígrafe que más adelante dedicaremos a la distribución funcional de los espacios.

2. Los suelos

Sobre la superficie previamente nivelada y consolidada, el procedimiento más habitual de construir un suelo era extender una capa de cantillos apisonados o de cerámica machacada y sobre este firme extender otra de barro prensado. Así se constata en *Randa*, Vertavillo, Cuéllar III, la Era Alta de Melgar, El Soto vacceo, *Pintia*, etc. En lugares como *Cauca*, donde no hay ni piedra menuda ni de tamaño medio, o ésta se encuentra tan alejada que sólo para obras públicas se utilizó —como vemos en la base de la muralla de esta localidad (Blanco García, 2015a y 2015b)—, los pavimentos son netamente de arcilla. En la mayor parte de los casos se trata de pavimentos de arcilla cruda, de color verdoso o amarillento, pero también es muy frecuente ver cómo ésta se encuentra cocida, con lo que adquieren una tonalidad

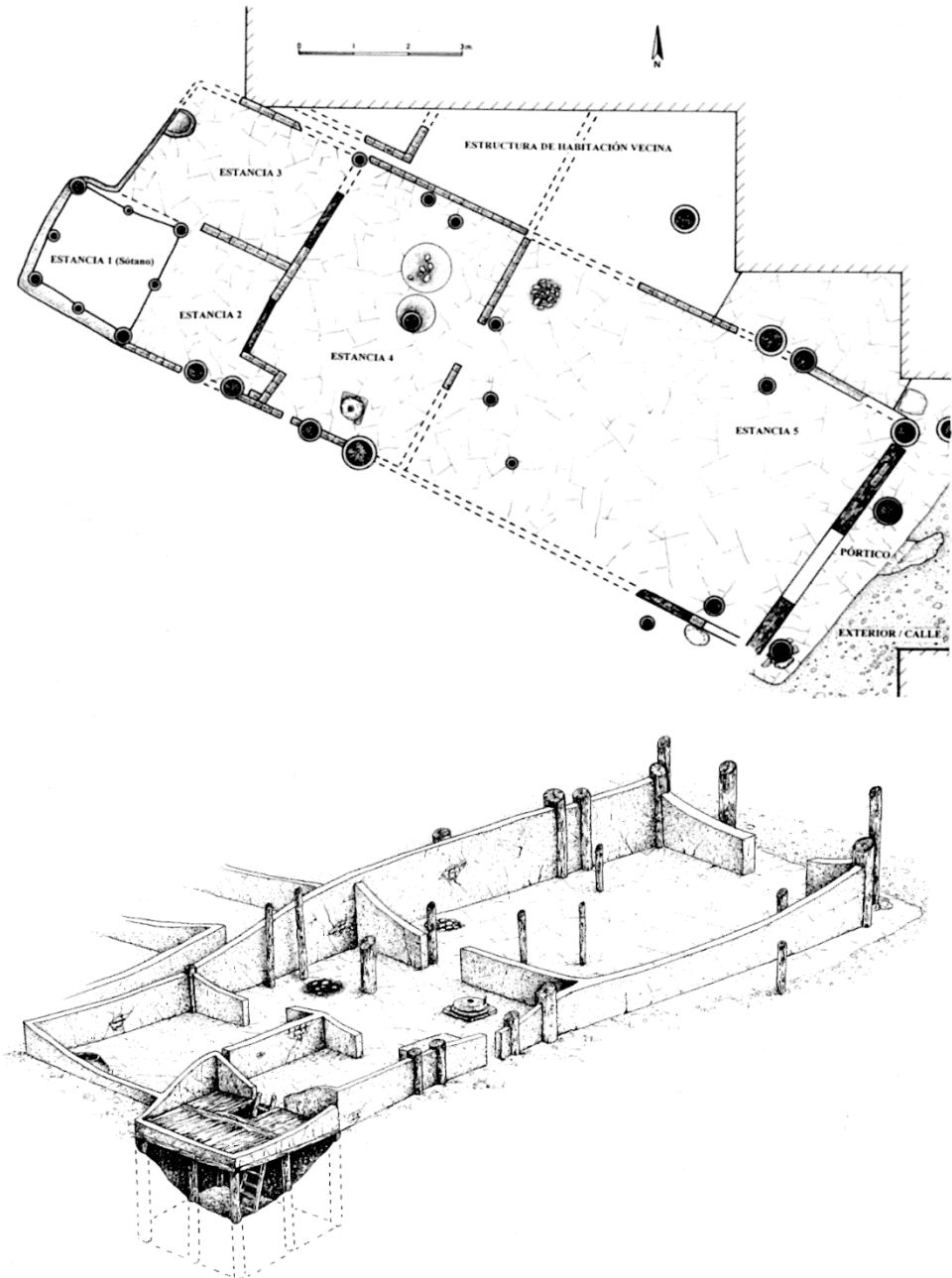


Figura 4. Planimetría y reconstrucción hipotética de la *Casa del Sótano* de Las Eras de San Blas de Rauda (Abarquero/Palomino, 2012).

anaranjada que a veces se vuelve negruzca. Puesto que muchas construcciones vacceas perecieron por causa de un incendio, parte de esos pavimentos que en origen eran crudos se cocieron de manera fortuita bajo las techumbres ardientes precipitadas al suelo, pero en muchos casos en los que la coloración es homogéneamente anaranjada deducimos que la cocción del pavimento fue intencionada, por aplicación de fuego controlado por parte de sus constructores. Así se ha podido constatar, entre otros lugares, en las Viviendas 1 y 2 de Vertavillo (Abarquero y Palomino, 2006: 43), en la Estancia 2 de la *Casa del Sótano* de Randa (Id., 2012: 65) o en la excavación realizada en Avda. de la Constitución n° 18, de Cauca (Blanco García, 1993).

Aunque las capas de arcilla prensada suelen tener entre 3 y 6 cm de espesor, e incluso en algún caso pueden llegar a sobrepasar los 10 cm, era inevitable que con el uso se deterioraran —se agrietaban, se desprendían costrones, algunas zonas cedían produciéndose rehundidos—, por lo que se hacía necesaria su renovación, y así encontramos casas con secuencias de hasta cuatro y cinco pavimentos superpuestos, lo que, dicho sea de paso, es indicativo de su larga vida. A veces estas secuencias nos ofrecen una excelente imagen de cómo ha evolucionado localmente la técnica de construcción de pavimentos, y uno de los mejores ejemplos lo encontramos en una edificación caucense de la primera mitad del siglo III a. C. que sirvió de almacén. Aquí documentamos en 1989 una sucesión de cuatro suelos (Blanco García, 1992: 39, foto sup.) (Figura 5). El inicial era de barro crudo simplemente apisonado y en cierto momento se cubrió con otro también de arcilla pero de mejor factura. El tercero era de arcilla endurecida mediante fuego controlado pero fue reforzado con fragmentos de cerámica colocados en plano para darle más solidez. El cuarto, el más moderno, era una auténtica plancha de barro totalmente horizontal de gran dureza, conseguida de nuevo por la aplicación del fuego controlado aunque ya sin fragmentos cerámicos de refuerzo. Si decimos que estas secuencias nos dan una imagen local de cómo ha evolucionado la técnica de pavimentación es porque en otras ciudades vacceas, e incluso en otras construcciones dentro de la misma ciudad, esta progresión que parece muy lógica, al ir de lo menos consistente a lo de mayor dureza, no se constata, y podemos encontrar ya en la misma base suelos de arcilla prensada mezclada con trozos de cerámica y sobre ellos otros simplemente de arcilla.

No siempre la renovación del pavimento de una estancia afectaba a toda ella. A veces sólo se realizaron renovaciones parciales. En la denominada Estancia 6 de las edificaciones domésticas exhumadas en la campaña de 1999 practicada en Los Azafranales de Cauca nuevamente pudimos documentar una secuencia de pavimentos, pero con la peculiaridad de que mientras en una parte de esta habitación eran cuatro, superpuestos, en otra sólo uno, lo que significa que las renovaciones en ocasiones afectaban sólo a aquellas zonas deterioradas por el uso o la humedad, no a todo el espacio. Aunque lo habitual es que en la construcción de un pavimento y sus renovaciones la intención sea lograr una superficie horizontal, a veces no parece que este fuera el principal objetivo. En el almacén circular de La Quemada de Montealegre las cuatro capas que forman el pavimento buzan sensiblemente de norte a sur (Heredero García, 1993: 287).



Figura 5. Secuencia de pavimentos documentada en un edificio de *Cauca*. 1, barro en crudo prensado; 2, arcilla en crudo tamizada y prensada; 3, arcilla reforzada con trozos de cerámica y después cocida; 4, arcilla prensada cocida con fuego controlado (foto, el autor).

En ángulo recto generalmente contacta el suelo con la pared, pero en al menos tres casas vacceas tenemos constancia de que se han hecho rebordes curvos de arcilla semejando una especie de rodapié. En la pared noreste de la *Casa del Sótano* de *Randa* el revestimiento de arcilla conecta con el suelo mediante un remate curvo (Abarquero y Palomino, 2012: 55); en la Construcción 1 de *La Era Alta* de *Melgar*, que es de planta circular y de finales del *Vacceo Pleno*, el pavimento de tierra apisonada muestra un reborde ligeramente realzado (San Miguel, Arranz y Gómez, 1995: 383); y, en tercer lugar, en una de las estancias de la vivienda más completa que excavamos en la campaña de 1999 en *Cauca* son las losetas de barro cocido del suelo las que en la cara de contacto con la base del muro mostraban un peralte de cuarto de círculo de unos 5 cm de altura. Como posiblemente eran los revocos de la base de los muros los que de manera más habitual se desprendían, ya que estaban más expuestos a los golpes con los pies en los tránsitos por dentro de la casa, y además eran los más atacados por la humedad, quizá por esta razón se reforzaron. Lo que no casa es que si ambos agentes de deterioro son comunes a todas las casas vacceas, por qué sólo lo constatamos en paredes concretas de algunas de ellas y no de forma generalizada.

Los suelos de adobe, tan comunes en viviendas de algunos poblados soteños como el Cerro de San Vicente, Los Cuestos de la Estación, La Corona/El Pesadero y, de manera excepcional en La Mota, por ejemplo, pero que también se documentan en poblados coetáneos de otras zonas del interior peninsular, como Fuente el Saz del Jarama (Blasco y Alonso, 1986-1987: 62, figs. 1 y 2), prácticamente desaparecen en el Hierro II. Lo único que se les parece son los de placas cuadrangulares de arcilla cocida, si bien en muy pocas viviendas vacceas hemos podido constatarlos. En una de las estancias de la fase más moderna de la secuencia constructiva registrada en la campaña de 1999 en Los Azafranales de *Cauca* pudimos documentar restos parciales de uno de estos suelos enlosados, del que se pudieron recuperar unas placas completamente planas y otras, perimetrales, que fueron fabricadas con reborde elevado y rebaje a bisel quizá para encajar bajo la vertical del muro. En ninguna otra ciudad vaccea hemos podido encontrar losetas de barro con esta doble característica.

Restos de suelos de tablas, auténticos entarimados, también en algunas casas y almacenes vacceos se han conservado. Su carácter aislante de la humedad es el motivo principal por el que se construyeron. Uno de los mejores ejemplos lo encontramos en la despensa de una de las viviendas de época sertoriana de *Pintia* (Sanz Mínguez *et alii*, 2003a: 122-123, fig. 13) (Figura 6). Este tipo de suelos debieron de estar muy extendidos por las tierras del interior peninsular, ya que similares se han documentado en algunos enclaves celtibéricos, como en la habitación V de la Casa 2 de Herrera de los Navarros (Burillo y De Sus, 1988: 64).

3. Paredes, puertas y techumbres

Por regla general, raramente se conservan paredes completas en toda su longitud y raramente también a alturas superiores a los 30 ó 40 cm. Salvo en determinados casos, suelen estar bastante destruidas, a veces por el arado, pero de manera más habitual por construcciones posteriores (romanas, medievales e incluso vacceas también) o por fosas-basurero, a pesar de lo cual, siempre quedan indicios suficientes en cada poblado tanto de los materiales como de las técnicas constructivas que se han empleado y esto nos permite ver en cada caso qué tienen en común con otros poblados y qué de diferente. Aunque en muchos casos, y a lo largo de toda la Segunda Edad del Hierro, el trazado de las paredes se debió de hacer a ojo, hay otros en los que parecen haberse utilizado cuerdas para sacarlas rectas. Esto es lo que debió de ocurrir, por ejemplo, en la raudense *Casa del Sótano* o en la vivienda más moderna de la secuencia exhumada en *Cauca* en 1999, en las que no se atisban dudas por parte de quienes las trazaron. Por otro lado, la regularidad y racionalidad que nos muestran algunas construcciones nos lleva a preguntarnos si pudo haber existido entre los vacceos, al menos en las fases más avanzadas y en ámbitos locales o comarcales, algún sistema de medidas de longitud estandarizado. Lo más probable es que no, habida cuenta, como seguidamente veremos, la enorme diversidad de módulos que se emplearon en la fabricación de los adobes, pero al menos hemos de dejar abierta la posibilidad.



Figura 6. Restos de un suelo de tablas perteneciente a una de las viviendas de época sertoriana de Las Quintanas-Pintia (Sanz Mínguez *et alii*, 2003a).

Sobre los cimientos de piedra, de tapial, de madera, o sencillamente sin cimientos, la mayor parte de los alzados de las paredes se levantaron con adobes, en muchas ocasiones reforzadas con postes y vigas de madera. Del tapial como técnica parietal realmente se hizo un uso bastante restringido. Una de las características de la arquitectura vaccea, que se manifiesta en todas las construcciones exhumadas hasta ahora, se refiere a las dimensiones de los adobes utilizados: aun siendo muy variables éstas, siempre hay unas medidas que imperan sobre las demás. En la calle de El Agujero, de *Randa*, los más corrientes tenían 40/45 x 12 x 7 cm y 23 x 12 x 7 cm (Sacristán de Lama, 1986: 147); en la *Casa del Sótano* de esta misma localidad burgalesa, 20/22 x 11/12 x 9/10 cm (Abarquero y Palomino, 2012: 116); en Las Chozas de Vertavillo miden 15/16 x 13/14 x 8/9 cm (*Id.*, 2006: 81); en *Pintia* predominan los de 47 x 20 x 10 cm (Gómez Pérez y Sanz Mínguez, 1993: 340); en Cuéllar los más repetidos son los de 42 x 22 x 7,75 y los de 28 x 14,5 x 8,5 cm (Barrio Martín, 1999: 49); y en *Cauca*, concretamente en el derrumbe UE 114 documentado en la campaña de 1999, constatamos que eran mayoría los de 33/35 x 17/18 x 10/12 cm (Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-13: 81). Todo esto viene a significar que si bien en todas las localidades fueron utilizadas adoberas de variadas medidas, existía una cierta tendencia hacia la estandarización. Este rasgo podemos certificar que no sólo afecta a las obras

domésticas, sino a todo tipo de construcción, sea de carácter productivo o defensivo: en el alfar de *Cauca*, fechado antes de mediados del siglo III a. C., predominaban los adobes de los módulos 44/47 x 19/20 x 8/9 cm y 30/34 x 15/16 x 7/8 cm, y en la recién descubierta muralla vaccea de esta localidad (Blanco García, 2015a y 2015b), de una muestra de cincuenta adobes medidos, hemos comprobado que los más repetidos son los que tienen 43/45 x 19/20 x 8/9 cm. y, en segundo lugar, los de 20/25 x 16/17 x 7/8 cm.

De manera habitual, en una misma pared hay adobes de diferentes módulos, lo que en parte puede deberse no sólo a esa variedad de adoberas usadas, sino también a que destruida una vivienda se reaprovechaban cuantas unidades se pudieran en la nueva. Esto podría explicar, de paso, el hecho de que en ocasiones en una misma pared haya adobes de barro y de tierra vegetal, adobes fabricados con arcilla mezclada con materia orgánica, con paja trillada generalmente, y adobes carentes de tal materia. En las construcciones domésticas, al ser las paredes de entre 20 y 50 cm de grosor, la arcilla de los adobes necesariamente ha de ir reforzada con paja, pero cuando el paramento es de considerable grosor, como ocurre con la muralla de *Cauca*, no se toman el trabajo de mezclar la arcilla con la materia vegetal porque la estabilidad está más que asegurada al tener 6 ó 7 m de grosor.

Sobre las caras mayores de muchos adobes suelen aparecer anchas acanaladuras realizadas con dos o tres dedos cuando el barro estaba aún fresco, por lo general dispuestas en trazado sinuoso a lo largo del eje longitudinal pero también en diagonal y en cruz. Habitualmente vienen siendo interpretadas estas marcas como un método para que agarre mejor el barro de las juntas aunque hay quienes consideran, quizá no con mucha convicción, que sólo era un procedimiento para comprobar si el barro estaba ya seco o no.

La forma de colocación de los adobes más corriente es a sogá, tanto en las paredes perimetrales como en la tabiquería, y tanto en las viviendas de planta cuadrangular como en las circulares u ovaladas. Sobre estas últimas nos parece interesante señalar cómo mientras en muchas de las casas de época soteña se colocaron los adobes a tizón —e incluso los de algunos bancos corridos y accesos (Celis, 1993: 107-110, figs. 9 y 10, lám. VIII; Macarro y Alario, 2012: láms. 33 y 38)—, en las del Hierro II esa técnica cae en desuso o, al menos, hasta ahora no la tenemos documentada.

Y como las medidas de los adobes son variadas y una cierta horizontalidad de las hiladas hay que mantener para asegurar la estabilidad, las rectificaciones de nivelación se confían a las juntas de barro, por lo que el grosor de las mismas es muy variable, ya que en una misma pared (e incluso en una misma hilada) puede oscilar entre unos milímetros y más de 1 cm. Por otra parte, al ser los adobes paralelepípedos de dimensiones variables, es muy corriente que coincidan juntas de hiladas superpuestas en la vertical, lo cual no es aconsejable desde el punto de vista constructivo porque la trabazón es más endeble y la pared puede resquebrajarse siguiendo las juntas coincidentes. Este problema ya venía de antiguo, de las edificaciones soteñas. Y ya que acabamos de mencionar el mundo del Soto, una técnica que en él teníamos registrada pero que por el momento no se conoce en la edificación de los vacceos históricos es la de los paramentos levantados con hileras de adobes retranqueadas, aunque

cierto es que sólo está constatada en La Mota de Medina del Campo (Blanco García, 2014a: 57, foto inf.).

Páginas atrás hemos referido cómo parte de los cimientos de algunas casas eran de tapial y este a veces sobrepasaba el nivel superficial para dar lugar a un pequeño zócalo. Pues bien, aun reconociendo que es muy poco frecuente, en alguna ocasión se han conservado restos de los tablonos de madera usados en el encofrado o las huellas impresas de los mismos. El mejor ejemplo hay que ir a buscarlo a la Vivienda 2 de Las Chozas de Vertavillo, concretamente en la pared sur de la estancia principal, cuya zona basal es íntegramente de tapial y tiene 7 m de longitud, 20 cm de anchura y entre 9 y 21 cm de altura (Abarquero y Palomino, 2006: 48-50, fig. 5, 2). Se puede decir que este fue uno de los muchos usos de la madera en las construcciones vacceas, aunque no el más corriente, pues lo habitual, dejando al margen las techumbres, de las que luego hablaremos, es encontrarla en forma de postes y vigas transversales embutidos en las paredes (Figura 7), como pies derechos exentos soportando estructuras de cubrición (Figura 8), aleros, cobertizos y pórticos externos (Abarquero y Palomino, 2006: 44; *Id.*, 2012: 58, figs. 28 y 29), en quicios de puertas y dando cuerpo a éstas mismas, entarimando los suelos de algunas estancias, tabicando espacios e incluso soportando repisas de barro y como contención de las paredes de estructuras subterráneas, como se ve en el sótano de la vivienda raudense tantas veces citada.



Figura 7. Viga de madera de pino carbonizada embutida en un muro de *Cauca* (foto, el autor).

Como ocurría con las paredes de adobes, las de tapial también se suelen enlucir con barro y enjalbegarse de blanco. Quizá porque en muchas ocasiones sólo se conservan unos pocos centímetros del alzado, revocos y enjalbegados no se han conservado. Pero cuando la pared conservada tiene cierta altura o cuando los adobes de los derrumbes han caído con las caras que daban al interior de la estancia hacia abajo, siempre suelen quedar restos de unos y otros. Habitualmente se trata de revocos de arcilla mezclada con algo de arena y en ciertos casos llevan también materia vegetal, como paja o acículas de pino, para darle más consistencia y agarre. Sobre ellos, la pintura —generalmente blanca, pero en ocasiones amarillenta— no sabemos si se aplicaba en todo el alzado de la pared, solamente en los zócalos, que son los que se han conservado, o esta era una cuestión que variaba de unas casas a otras y dependía de la mayor o menor holgura económica de cada familia. Lo que sí fue una práctica habitual es la tarea de repintar cada cierto tiempo, pues se suelen encontrar varias capas de enjalbegado, a veces, como en cierto paramento de *Cauca*, hasta nueve. Tan clara muestra de salubridad y decoro domésticos venía de antiguo, de sus ancestros soteños, en algunas de cuyas casas también se han constatado varias capas de blanqueo e incluso varios frisos pictóricos decorativos superpuestos. Estos frisos constituyen uno de los elementos que, en la evolución de las viviendas soteñas a las de los vacceos históricos, parece que se perdió por el camino. De carácter geométrico, realizados en unos casos con pinturas rojas o rosadas y en otros con pintura negra, amarilla o blanca, se han constatado en casas soteñas de Valoria la Buena, Ledesma, Los Cuestos de la Estación, el mismo Soto de Medinilla (Ramírez Ramírez, 1999: 74), así como en las recientes excavaciones del cerro de La Mota (Blanco García y Retuerce Velasco, 2010: 78), pero ya no aparecen —o por lo menos hasta ahora no lo han hecho— en viviendas de la Segunda Edad del Hierro.

Tanto las paredes madre como los muros interiores se pintaban. Un aspecto que desconocemos de estos últimos, siempre de menor grosor que aquéllas, es si se construían hasta contactar con las vigas de la techumbre o bien se dejaban algo más bajos para permitir que en las estancias interiores penetrase algo de luz y estuvieran ventiladas. En este caso, quizá los tabiques se remataron horizontalmente mediante vigas soportadas por pies derechos para darles mayor estabilidad, pues así es como parece ser se hacía en algunas casas ibéricas, pero en las vacceas nada podemos concretar. Lo que sí se constata en algunos de los tabiques es la presencia de postes embutidos, tan necesarios en paredes relativamente estrechas como eran estas.

Ya que hemos mencionado el problema de la luz y la aireación, decir que debido a que de las paredes madres no suelen conservarse más de 40 ó 50 cm de altura, y eso en los mejores casos, nada sabemos de la posible existencia de ventanas en las viviendas vacceas, que, en caso de haber alguna, sería algo excepcional y de pequeñas dimensiones. En algunos poblados de etnias vecinas, como el del Raso de Candeleda, a veces se han conservado muros de hasta casi 2 m de altura y tampoco hay el más mínimo indicio de ventanucos (Fernández Gómez, 2011: 370). Por tanto, el único vano a través del cual recibían luz natural y ventilación la mayor parte de ellas era la puerta de entrada. Hay que tener en cuenta que para las familias campesinas de la Edad del Hierro, que eran la mayor parte de ellas, e

independientemente de que tuvieran holgura económica o no, tanto en bienes de subsistencia como suntuarios, una ventana no deja de ser un punto vulnerable a través del cual pueden resultar dañadas sus pertenencias. Por otra parte, tan escasa luz y aireación haría que las estancias domésticas fueran oscuras y quizá no siempre bienolientes. A propósito de la iluminación, al no tener evidencias arqueológicas del uso de lucernas para alumbrarse, las fuentes de luz hay que suponer fuesen tanto el fuego del hogar, que suele estar ubicado en el centro de la estancia principal así como en la cocina, como teas de madera resinosa o de otros tipos, seguramente untadas en grasa animal. De paso, la combustión de determinadas maderas (de pino, enebro, etc.) que desprenden aromas agradables, haría de ambientador de la casa, objetivo que quizá también se consiguiese quemando hierbas aromáticas. En alguna ocasión nosotros mismos hemos sugerido si no pudieron servir para esto último aquellas cajitas de cerámica, lisas y excisas, cuyas paredes internas se encuentran quemadas.

Por lo que a las puertas se refiere, tanto la de entrada a la casa como las interiores, constituye un problema tratar de situarlas al estar los muros habitualmente muy destruidos en muchas partes de su trazado. En ciertos casos en los que junto a las casas se ha podido identificar una calle, como ocurre en el barrio exhumado en el solar de La Casona, de Montealegre de Campos, sí se han podido identificar los puntos de acceso gracias a que han quedado indicios de marcos y quicios de madera, elemento este último que también se ha



Figura 8. Base de poste carbonizado de madera de pino, junto a un muro documentado en *Canca* (foto, el autor).

advertido en dos puertas interiores de la *Casa del Sótano* de *Rauda* (Abarquero y Palomino, 2012: 61 y 65-67). Postes de madera flanqueando las puertas, a modo de jambas, igualmente se han podido documentar en la calle Aforín de esta misma localidad burgalesa (*Id.*, 2006: 123), y todo ello no es más que consecuencia de una secular tradición que se remonta a la *época de plenitud* del Soto, pues no tenemos más que recordar, a título de ejemplo, dos de las viviendas excavadas en 2003 en el cerro de La Mota, de Medina del Campo, en las que las puertas estuvieron flanqueadas por gruesos troncos de madera de más de 30 cm de diámetro (Blanco García y Retuerce Velasco, 2010: 78; Blanco García, 2014a: 58, foto inf.).

Cuando se puede elegir, bien porque se trata de una casa aislada o bien porque en la manzana en la que está situada las paredes dan a varias calles, las puertas se abren hacia el sureste o el suroeste para aprovechar mejor el calor del sol y la luz, pero como lo habitual es que cada casa esté constreñida entre otras de su misma manzana, con la fachada abierta a una calle que por lo común es estrecha, la cuestión de la orientación de la puerta tiene una importancia relativa.

Y puesto que las casas en las ciudades vacceas generalmente están dispuestas en manzanas, las paredes perimetrales son medianiles, lo cual indica cierto grado de colaboración, de economía de medios y de esfuerzos entre vecinos, rasgo que, por otro lado, es habitual en todos los poblados prerromanos meseteños, aunque no siempre ocurre así: la pared noreste de la *Casa del Sótano*, que es la única lindera con otra casa, se encuentra algo separada de la que ésta tenía, no llegando ambas a formar cuerpo (Abarquero y Palomino, 2012: 133), y en *Pintia* es habitual que entre una casa y otra los muros traseros no contacten, sino que medie un pequeño callejón a veces de no más de 50 cm de anchura (Centeno Cea *et alii*, 2003: 76, fig. 3) (Figura 9), como si sus propietarios hubiesen preferido levantar sus propios muros y no depender de los del vecino. Fueran medianiles o no, y viendo cómo las ciudades vacceas son realidades complejas estructuralmente, con centenares de casas dispuestas en un entramado de calles estrechas, hay que pensar que unas ciertas normas urbanísticas respetadas por todos y transmitidas oralmente de generación en generación debían de existir. Normas que, hay que suponer, serían las élites gobernantes en cada una de ellas las encargadas de que se cumplieran y, por ende, las que asumirían la tarea de resolver los litigios que se pudieran plantear.

De las techumbres que cubrían las casas vacceas únicamente sabemos que estaban formadas por un armazón de madera —cuyas partes componentes seguramente iban atadas con cuerdas más que ensambladas con técnicas de carpintería complejas o con clavazones, aunque nada hay que lo certifique—, que luego se cubría con ramajes y en ocasiones con cañizo también, como ha podido documentarse, por ejemplo, en *Rauda* (Sacristán de Lama, 1986: 147). Las retamas, tan comunes en amplias zonas del valle del Duero, también pudieron haber servido para las cubiertas, en sintonía con lo observado en una de las cabañas del madrileño Cerro de La Gavia en la que los análisis antracológicos efectuados han demostrado su utilización (Morín *et alii*, 2005: 143).

Las construcciones de planta circular, continuando la tradición soteña, tenían la cubierta de forma cónica y a veces los ramajes sabemos que iban manteados con barro para

impermeabilizarlas porque fragmentos de pellas quemadas con improntas de palos han quedado en sus niveles de destrucción, extremo que se ha podido advertir en el almacén de La Quemada de Montealegre (Heredero García, 1993: 286). En las viviendas de planta cuadrangular resulta sumamente difícil concretar si su cubierta era a dos aguas o vertía hacia un único lado. Las dispuestas en manzanas con muros medianeros, que son la mayoría, y nos podemos fijar, por ejemplo, en las número 3, 4, 7 y 8 de Montealegre de Campos (Blanco García *et alii*, 2011: 79), necesariamente tuvieron que desaguar hacia la calle (Figura 10). Esto exige que las paredes traseras de cada casa sean más elevadas que las de sus fachadas y las laterales definieran un plano inclinado hacia estas últimas. Evidentemente, paredes hasta esas alturas no se conservan, pero sí indicios que demuestran cuanto decimos: en las citadas casas de Montealegre las paredes traseras tienen una anchura superior a la del resto de paredes perimetrales, lo que significa que eran más altas, precisamente para conseguir ese plano inclinado hacia la calle. La escorrentía se produciría, por tanto, a lo largo del eje longitudinal de las viviendas. Caso algo diferente es el que nos muestra la *Casa del Sótano* de *Rauda*, donde los muros perimetrales tienen la misma anchura, y como sólo en su lado noreste tiene viviendas adosadas, es de suponer que la cubierta desaguaría transversalmente respecto de su eje longitudinal, hacia el suroeste, como con gran sentido común han señalado sus excavadores (Abarquero y Palomino, 2006: 122).



Figura 9. Cuatro casas de Las Quintanas-Pintia separadas por estrechos callejones (Centeno Cea *et alii*, 2003).

Para que el agua de lluvia desplazada por la techumbre no se encharcara en el exterior de la vivienda, afectando la humedad a cimientos y solados, a veces se excavaban canales de desagüe paralelos a los muros en las zonas más expuestas al encharcamiento. Paralelo al muro norte de la Vivienda 1 de Las Chozas de Vertavillo se constató la existencia de uno de estos canales, de 2,5 m de longitud, 20 cm de anchura y 12 cm de profundidad (Abarquero y Palomino, 2006: 45). Este era un sistema para alejar el agua de lluvia de los muros de la vivienda, pero el más común era prolongar cuanto se pudiera los aleros de las techumbres, para lo cual en ocasiones no dudan en sujetar su peso con postes externos a la construcción cuyos agujeros se han conservado (*Id.*, 2006: 49). Cuando estos aleros daban a alguna calle o espacio abierto adquirirían la condición de pequeños pórticos, identificados también en viviendas celtibéricas, vettonas, carpetanas, etc. Seguramente parte de las aceras de piedra que se han documentado en algunas ciudades vacceas estuvieron cubiertas por estas estructuras de materia lignea.

Por otra parte, el hallazgo de varios contrapesos dispuestos en hilera a lo largo de la cara externa de una de las paredes de una edificación de *Cauca* nos indica que, tal como hace años se observó en Numancia, en el mundo vacceo también se hizo uso de cuerdas tensadas mediante un contrapeso en cada uno de sus extremos para asegurar la fijación de los ramajes a la estructura de madera y que un vendaval no los pudiera dismantelar.

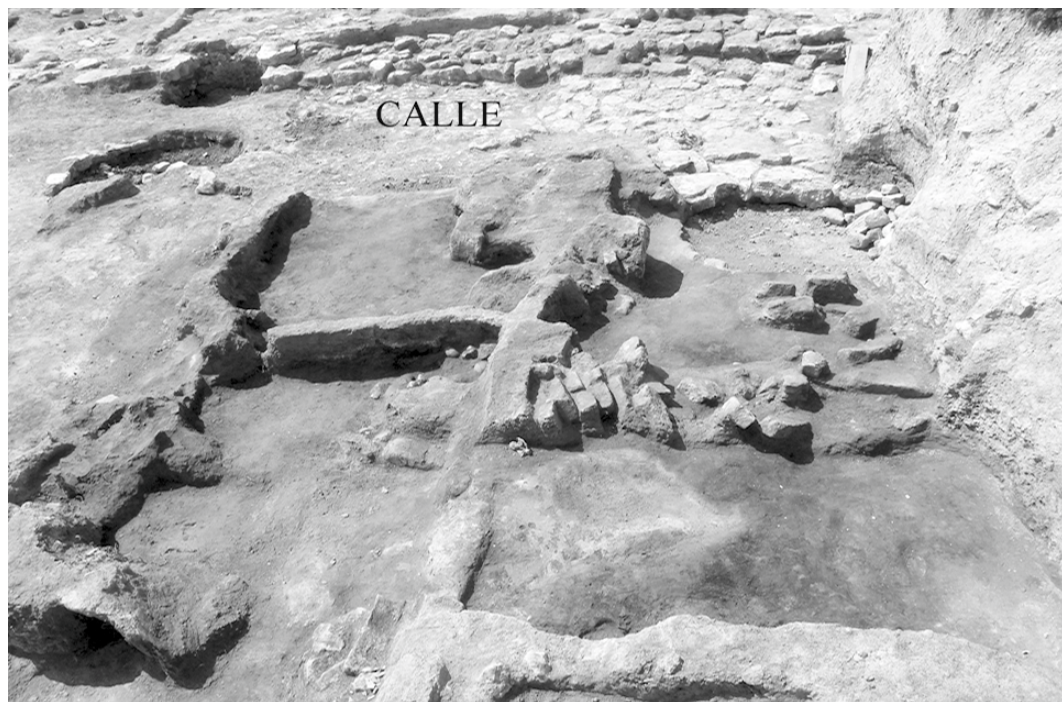


Figura 10. Estancias de la Vivienda 7 de Montealegre de Campos (Valladolid), con calle enlosada al fondo (Blanco *et alii*, 2011).

4. Equipamiento inmueble y distribución funcional de los espacios

En prácticamente todas las viviendas —siempre y cuando se hayan exhumado suficientes metros cuadrados—, se han podido documentar instalaciones de albañilería, aéreas o subterráneas, dentro de los espacios habitacionales, sobre todo en la estancia principal y en ocasiones también en otros ámbitos como la cocina. La estructura más común en todas es el hogar, pero a veces aparecen hornos, bancos corridos, alacenas, dispositivos para la molienda, silos excavados en el suelo o aéreos, sótanos. Empezando por los hogares, el nulo o escaso resalte que suele tener respecto del nivel del pavimento es lo que explica que generalmente se hayan conservado en buen estado en casi todos los poblados. Aun siendo su homogeneidad estructural la nota más característica, se advierten ciertas diferencias en cuanto a su ubicación dentro de la estancia, a su tamaño y morfología, o al mayor o menor trabajo invertido en su construcción. Diferencias que no son de carácter regional o local, sino de unas casas a otras dentro del mismo poblado e incluso dentro de una misma casa, como se puede observar, por ejemplo, en la *Casa del Sótano* de *Randa*, donde los encontramos de varios tipos.

El modelo de hogar estándar en toda la geografía vaccea está situado en el centro de la estancia principal, es de planta circular, cuadrada o ligeramente rectangular de entre 0,80 y 1 m de lado, en muchas ocasiones se encuentra delimitado perimetralmente por un reborde de arcilla o de adobes de no más de 10/15 cm de altura cuya función es impedir que las ascuas se expandan por todo el espacio habitacional, y está formado por una base de cantillos, piedras calizas o cantos planos de río bien colocados, de finalidad refractaria, sobre la que se dispone una capa de arcilla prensada. Las variaciones que sobre este modelo existen son muchas. En el poblado de Cuéllar III encontramos un ejemplo de hogar de planta ovalada con reborde de arcilla, y en Cuéllar IV el reborde de adobes que muestra otro hogar, en este caso de planta rectangular, tiene las esquinas redondeadas y se eleva entre 15 y 20 cm sobre el pavimento (Barrio Martín, 1993: 197 y 203, resp.; *Id.*, 1999: 53 y 52, resp.). Los hogares realizados como este de Cuéllar son más corrientes en los medios serranos que en los sedimentarios, y un buen ejemplo se puede comprobar en las casas de los núcleos A y C de El Raso de Candeleda (Fernández Gómez, 2011: 377).

En el Cuadro A de las excavaciones de 1980 realizadas en *Cauca*, de los dos hogares documentados el más grande era de 1,20 x 0,50 m y en él la solera no era de cantos, sino de fragmentos de cerámica (Romero Carnicero, Romero Carnicero y Marcos Contreras, 1993: 226, fig. 3, láms. II y VI), lo mismo que en las construcciones IIIa y IVb de *Pintia* (Gómez Pérez y Sanz Mínguez, 1993: 342-343, fig. 4 y 344, lám. 8, resp.). En la Vivienda 3 de Las Chozas de Vertavillo el suelo de arcilla compactada con caliches apoya sobre una cama de cantos mezclados con trozos de cerámica (Abarquero y Palomino, 2006: 55, fig. 6), un procedimiento que de nuevo se constata en el hogar de una vivienda destruida en el siglo I a. C. sita en el barrio de Tardumeros, de Melgar de Abajo, en la que, por cierto, éste, que es de planta cuadrada y con reborde de arcilla, no se encuentra dispuesto en el centro de la estancia, como es habitual, sino adosado a un muro y además en diagonal, lo que aun constituyendo una auténtica rareza en el territorio vacceo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 323,

fig. 8), no lo es tanto en espacios vecinos de cultura material similar a la vaccea o a la celtibérica, como el alavés (Llanos, 2002: 70).

Todos estos ejemplos, y algunos más que se podrían aducir de otros poblados, inciden en el carácter de lumbre baja que tenían los hogares vacceos, algo que en medios rurales de Castilla y León ha pervivido hasta mediados del siglo XX. Únicamente podría desmarcarse de esta norma un posible hogar del siglo IV a. C. perteneciente a la construcción IIa de *Pintia* que está situado en alto, sobre una plataforma de adobes, de paredes enlucidas y adosada a un muro, cuya peculiaridad deriva del hecho de que el centro está rehundido y relleno de una gruesa capa de cenizas (Gómez Pérez y Sanz Mínguez, 1993: 345-346).

Relacionados funcionalmente con los hogares, los hornos cerrados mediante cúpula de barro para cocinar y cocer pan también debieron de constituir una estructura doméstica habitual en muchas casas, si bien aún son pocos los casos en los que sus restos se han conservado. En este sentido, el ámbito vacceo muestra la misma situación que presentan otros territorios prerromanos peninsulares (García Huerta *et alii*, 2006). Realmente, se tienen constatados más hornos en viviendas soteñas que del Hierro II, aunque en ambos periodos siguen siendo muy pocos los que se conocen, seguramente porque tanto la fabricación de pan como la preparación de alimentos se realizaban mayoritariamente en los hogares a ras de suelo que acabamos de ver.



Figura 11. Recreación de la estancia de los hornos de la vivienda del Sector A1 de Las Quintanas-Pintia (Centeno Cea *et alii*, 2003).

En el poblado III de Cuéllar, que como recordaremos abarca parte del siglo V y todo el IV a. C., J. Barrio (1993: 197; 1999: 54) pudo documentar dos pequeños hornos con bóveda semicircular de barro y boca abocinada separados por una plataforma igualmente de barro que seguramente hizo las veces de fogón. También en la Estancia 4 de la *Casa del Sótano* de *Randa*, que ha sido interpretada por sus excavadores como cocina en virtud de las estructuras de combustión existentes, se localizó un posible horno (Abarquero y Palomino, 2012: 68, lám. 13), y en la vivienda 8 exhumada en 2008-2010 en Montealegre apareció una zona de hornos adosados a una de sus paredes medianiles. No obstante estos casos, el conjunto de hornos mejor conservado lo encontramos en *Pintia*. En las viviendas número 7 y 10 quedaban restos de sendos hornos de cierto tamaño cuyas cubiertas parece ser que eran abovedadas y en la número 11 junto a su límite oriental aparecieron nada menos que tres, dispuestos en batería, uno de ellos de cúpula y los otros dos con cubierta plana, razón por la que se les ha denominado hornos-placa (Centeno Cea *et alii*, 2003: 80, figs. 5 y 7; Sanz Mínguez, Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2009: 259, fig. 2) (Figura 11). Estos hornos-placa se puede decir que constituyen una novedad del Hierro II, pero los circulares semicerrados mediante cúpula derivan de los que existían en época soteña. El humo generado tanto por los hogares como por los hornos salía al exterior de la casa a través de los ramajes de la techumbre, quizá por alguna zona que, en la vertical de los mismos, fuera de cobertura algo menos densa que las demás.

Con más escasez que las estructuras de combustión se muestran los bancos corridos de barro adosados a alguna pared. Esta solución arquitectónica que hunde sus raíces en las más antiguas viviendas soteñas, las de la *etapa formativa*, pero que fue un elemento estructural muy común en la de *plenitud*, en las casas del Segundo Hierro por ahora están poco documentados. En el poblado III de Cuéllar se pudo advertir la huella de uno de estos bancos, construido con adobes (Barrio Martín, 1993: 197, fig. 12); también sólo la huella quedaba de un posible banco, en este caso de arcilla masiva, en la cabaña circular exhumada en la campaña de 1986/87 realizada en El Cenizal del Soto de Medinilla (Escudero Navarro, 1995: 191, fig. 5); en la calle Aforín de Roa tenemos un tercer ejemplo de banco corrido dentro de una vivienda perteneciente a un segundo momento de ocupación vaccea (cit. en Abarquero y Palomino, 2006: 123); y en la intervención practicada en la ampliación del I.E.S *Cauca Romana* de Coca encontramos un ejemplo más, presumiblemente fechado en la primera mitad del siglo II a. C. (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 75). En todos los casos se trata de estructuras multifuncionales, ya que servían como repisa para colocar recipientes cerámicos, a modo de vasar, quizá para sentarse, etc. En relación con la función de repisa, en algunas viviendas se han podido documentar alacenas o vasares contruidos bien de tapial, bien de adobe, incluso hay casos en los que aún se conservaban varios recipientes colocados sobre ellas. Ejemplos significativos los hallamos en el poblado IV de Cuéllar (Barrio Martín, 1993: 203), en una de las estancias de la casa 3 de Montealegre de Campos (Figura 12), donde, por cierto, entre los vasos recuperados uno de ellos era la urna cineraria de un guerrero (Blanco García *et alii*, 2011: 82, foto 2), y, con dudas, pues podría ser un hogar sobreelevado, como hemos indicado, en la construcción IIa de Las Quintanas de *Pintia* (Gómez Pérez y Sanz

Mínguez, 1993: 341, fig. 3a y lám. 4). Estos ejemplos de alacenas, a los que habría que añadir uno más posible en la calle de Los Balcones de *Rauda* (información verbal que agradezco a J. D. Sacristán), se encuentran en edificaciones de planta cuadrangular, pero en algunas circulares también se han registrado: en el centro de la interpretada como posible almacén de La Quemada de Montealegre se documentó un poyete rectangular de 80 x 35 x 20 cm con las paredes revocadas y en un lateral otro poyete más (Heredero García, 1993: 284, fig. 2).

Con las mismas funciones, aunque de ellas nos han llegado menos evidencias arqueológicas porque eran dispositivos móviles, en algunas casas existieron baldas de madera colgadas de las paredes mediante cuerdas. Sólo en dos ciudades vacceas las tenemos documentadas por ahora: Vertavillo (Abarquero y Palomino, 2006: 85) y *Cauca*, en este segundo caso dentro de la Estancia 1 de las exhumadas en la campaña de 1999, donde se conservaba, carbonizada, una tabla de madera de pino de 88 cm de longitud, entre 24 y 18 cm de anchura y 4 cm de grosor. En esta última ciudad y en otras más, caso de *Pintia*, la mayor parte de la madera usada en la construcción era de pino, lo que casa muy bien con la idea comprobada, sobre todo en *Pintia*, de que en torno a ellas existieron importantes masas pinariegas (Hernández *et alii*, 2011: 1183; Rubiales *et alii*, 2011).



Figura 12. Alacena de barro con recipientes *in situ* documentada en la Vivienda 3 de Montealegre de Campos (Valladolid) (Blanco García *et alii*, 2011).



Figura 13. Vista cenital de estructura circular de barro cocido, con abertura hacia el oeste, destinada a la molienda (foto, el autor).

Un tipo de estructura doméstica fija aún muy poco conocida en el mundo vacceo es la destinada a la molienda, a la obtención de harina. En la campaña de 1999 llevada a cabo en Los Azafranales de *Cauca* pudimos documentar una especie de pileta circular de barro que tenía algo más de 1 m de diámetro exterior y 0,90 m de diámetro interior, de espacio útil, que poseía un grueso solado adquirido gracias a que en cinco ocasiones fue renovado ante el deterioro que causaba la actividad en él desarrollada, un murete perimetral a modo de reborde de sección parabólica formado también por la superposición de sucesivas capas pudo haber alcanzado unos 30 cm de altura máxima y una amplia boca o salida que no era otra cosa más que la interrupción de dicho reborde por el lado suroeste, todo ello cocido mediante fuego controlado. El suelo está ligeramente inclinado, con caída hacia dicha boca, pero traspasada la misma se extendía horizontalmente más allá de ella y quizá acabase en un pequeño receptáculo o en una vasija, dato este que no pudimos clarificar porque quedaba fuera de la excavación (Figura 13). Posteriormente, en la misma Coca se han documentado estructuras casi idénticas. En la Fase VI de la excavación realizada en la ampliación del I.E.S., la denominada Estructura Circular A (UE 1059) e interpretada como posible silo, es idéntica a la exhumada por nosotros en 1999 (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 33-37); y la estructura UUEE 1425-1426, perteneciente ya a la Fase XII, e interpretada como posible hornito (*Id.*, 2008: 81-83), tenemos nuestras dudas sobre si es tal o una estructura de molienda más, pues aunque tanto el espacio circular como la plancha de arcilla cuadrangular contengan cenizas,

puede que su origen esté en la combustión de la techumbre de la vivienda donde estuvo esta instalación. Además, en el entorno hay varios hoyos que, como apuntan acertadamente los excavadores, pudieron haber servido para encastrar vasijas de almacenamiento. Vasijas a las que irían a parar, entendemos nosotros, la harina beneficiada en la molienda. La cronología de todas ellas es avanzada, de los siglos II y I a. C.

De este tipo de estructuras vacceas podríamos tener un precedente arquitectónico-funcional en los niveles de la Primera Edad del Hierro de La Corona/El Pesadero. En la denominada cabaña 61 de este poblado zamorano hay un conjunto de estructuras de barro formado por un pequeño espacio trapezoidal pavimentado que se encuentra delimitado por un murete en todo su perímetro excepto en un punto en el que se abre una boca, como en *Cauca*, con caída hacia un receptáculo más pequeño de planta casi circular y con reborde de arcilla, y justo al lado una gran vasija de almacenamiento (Misiego *et alii*, 2013: 155-156 y 203, láms. 55 y 86). Vasija a la que quizá iría a parar la harina obtenida en esta posible estructura de molienda. Instalaciones molineras similares a la de *Cauca*, aunque de piedra, han pervivido en muchos pueblos de Castilla (incluido Coca), hasta los años sesenta del pasado siglo —aunque para triturar grano destinado al ganado, no para consumo humano—, e idénticas, de arcilla prensada también, aún se pueden ver funcionando en regiones rurales del Magreb (Figura 14).



Figura 14. Estructura circular de barro para instalar las piedras molederas aún en uso en ciertas regiones rurales del Magreb (foto, E. Sandoval).

Más frecuentes que estas estructuras son aquellas otras, huecas ya, de planta cuadrada o rectangular y paredes de adobe, que se encuentran adosadas a la pared, están abiertas por la parte superior y habitualmente se interpretan como silos o pequeñas despensas. Es de suponer que estuvieran tapadas mediante tablas de madera, más que con lajas de piedra, pues de haber sido esto último, alguna de ellas se habría conservado. Tanto en *Pintia* (Gómez Pérez y Sanz Mínguez, 1993: 340-344, fig. 3, lám. IV) como en El Soto vacceo (Escudero Navarro, 1995: 212-213, fig. 10), en el edificio-almacén de Montealegre (Heredero García, 1993: 287, fig. 2, lám. V) y en una reciente excavación, aún inédita, practicada en los bajos del I.E.S. de Coca, se han registrado instalaciones domésticas de este tipo que, por otra parte, parecen ser complementarias de los habituales silos de gran tamaño, destinadas seguramente a contener cientos de litros de grano. El designado con la letra D tenía unas dimensiones de 2 x 2,1 m y en el F se recuperaron granos carbonizados de cereal (Balado, Centeno y Marcos, 2008: 67-69).

Tanto los silos aéreos como los excavados en el suelo constituyen espacios de almacenaje de vital importancia para la economía doméstica de las poblaciones campesinas. Respecto a los segundos, con independencia del tipo de planta, aunque impera la circular, tras su excavación en el terrero natural o antrópico, las paredes y el suelo en unos casos se enfoscaban con varias capas de barro a veces mezclado con trozos de cerámica (Barrio Martín, 1993: 207 y 209) o con piedras (Abarquero y Palomino, 2006: 50-51, fig. 5, 2), y en otros, los menos, se forraban de adobes. Uno de los mejores ejemplos de silo de este último tipo se pudo documentar en 1992 en *Cauca*: las paredes del hoyo practicado, de cerca de 1,5 m de diámetro, se forraron con adobes de tierra vegetal dispuestos en hiladas bastante regulares que estaban unidos mediante juntas de arcilla, y como el fondo era más ancho que la boca, incluso estando ésta destruida en su parte superior, por lo que no conocemos su diámetro, esto significa que en origen tenía forma troncocónica, y esa boca seguramente se cubría con una tapadera, bien de tablones de madera, bien de lajas de piedra.

En alguna ocasión, el silo excavado en el suelo es de tales dimensiones que por su capacidad se podría equiparar a un sótano. Esto es lo que se ha podido advertir en una excavación practicada en Tardajos (Sacristán de Lama *et alii*, 1995: 349), aunque dista bastante de los auténticos sótanos en cuanto a trabajo invertido y acondicionamiento del espacio, pues no tenemos más que compararlo con el que ha dado nombre a la conocida casa raudense. Las paredes de este sótano, cuyas dimensiones son 2 x 2 x 1,80 m, debieron de estar enlucidas o revestidas de tablas de madera y contaban con postes embutidos que soportaban una techumbre de vigas y tablas (Abarquero y Palomino, 2012: 61 y 64, lám. 18). Este es un tipo de sótano habitual en *Rauda* y similar a los numantinos, en cuyos interiores a veces se han hallado restos de tinajas y grano carbonizado así como fragmentos de herramientas de labranza (Sacristán de Lama, 1986: 148-149).

Ya para terminar este apartado, decir que nos resulta imposible determinar para cada una de las instalaciones inmuebles si se ha construido al tiempo que el resto de la vivienda o si es un añadido posterior, una mejora. Por ser absolutamente necesario desde el primer día de uso de la vivienda, es de suponer que el hogar de la estancia principal o el de la cocina se

construyera inmediatamente después de techarla, al igual que pudo ocurrir con los bancos corridos en aquellas casas que lo tienen, pero las pequeñas repisas o vasares, los hornos, la estructura caucense vinculada con la molienda e incluso quizá más de un sótano, que no son tan imprescindibles *ab initio* para la vida doméstica, puede que se fueran añadiendo después, a medida que cada familia fue aumentando su nivel de bienestar.

5. Construcciones complementarias y espacios no contruidos anejos

En muchas ocasiones, la vivienda vaccea no se limitaba exclusivamente a un espacio techado compartimentado en estancias más o menos numerosas, sino que dispuso de construcciones anejas complementarias y áreas abiertas. Si bien sólo las excavaciones en extensión han aportado datos para conocer mejor estos espacios funcionales, aún es insuficiente la información de la que disponemos si comparamos el ámbito vacceo con el celtibérico o el vettón, por ejemplo, y no digamos ya con el ibérico. Recordemos que anejo a la vivienda de planta circular exhumada en la zona de La Quemada de Montealegre de Campos se documentó ese almacén o granero también de planta circular al que ya nos hemos referido, de 16,5 m², cuyo suelo, extrañamente para el *modus operandi* edilicio de los vacceos, no fue nivelado (Heredero García, 1993: 286-288, fig. 2, lám. V). Y al lado de la vivienda más completa de las exhumadas en la campaña de 1999 llevada a cabo en *Cauca* se documentó un granero de 9,1 m² que inicialmente fue de espacio único pero tras derrumbarse se reconstruyó dividido en dos por medio de un tabique central de adobes colocados a soga (Figura 15). Las construcciones anejas a las viviendas que sirvieron como almacén, granero o despensa, ya fuesen de planta circular o cuadrangular, son habituales en las poblaciones de la Edad del Hierro del centro y norte peninsular, aunque en cada poblado sólo un pequeño porcentaje de casas dispusieron de este espacio complementario, lo cual debe de estar en relación con las diferencias entre unas familias y otras en cuanto a la acumulación de excedente y riqueza. Habría unidades familiares que no fuesen capaces de generar cantidades significativas de excedentes y por ello no necesitarían de estas estructuras anejas.

Cambiando de asunto, aún tenemos poca información sobre la posibilidad de que algunas de las viviendas dispusieran de pequeños patios o corrales, espacios en cualquier caso delimitados por algún tipo de estructura cuya función sería la guarda de leña, aperos de labranza, material constructivo de reposición, aves domésticas o incluso algunas cabezas de ganado mayor. Entre las viviendas 1 y 2 de Vertavillo un pequeño espacio abierto ha sido interpretado como posible corral, y al sur de esa casa 2 se propone que pudiera haber existido otro de similares características (Abarquero y Palomino, 2006: 46 y 51-52, figs. 4, 3 y 5, 2). Realmente, salvo que se excaven extensiones de terreno amplias, pueden pasarnos inadvertidos, si bien estos espacios domésticos auxiliares resultan muy necesarios en economías campesinas como eran, en general, las prerromanas, y para comprobarlo bastará echar una ojeada a territorios vecinos del vacceo: entre las edificaciones de la Fase IIb de La Corona-El Pesadero, por ejemplo, varios espacios centrales cuadrados con sus suelos empedrados en torno a los cuales se disponen varias cabañas formando manzanas han sido interpretados como corrales o patios de luces comunes a sus respectivas viviendas (Misiego *et*

alii, 2013: 115-118, láms. 33 y 34); en El Raso de Candeleda las viviendas número 14, 15, 18 y quizá 17 del Núcleo D poseen corral (Fernández Gómez, 2011: 383), y ya en el Núcleo A, la gran Casa A-2, de los 134,5 m² que posee, 43 m² pertenecen al corral (*Id.*, 1986: 74-75), dimensiones éstas que son muy similares a las que encontramos en el corral de la Casa C₁ del castro de La Mesa de Miranda, aunque ésta es aún mayor, al tener 250 m² (González-Tablas Sastre, 2008: 206-210, fig. 5).

En el ámbito vacceo las pocas (y cuestionables) evidencias de corrales apuntan en la dirección de que eran no centrales, sino laterales, aunque necesitamos más y mejor información para poder afirmar esto y, en cualquier caso, se trataría de peculiaridades locales, no generalizables a todas las poblaciones.



Figura 15. Granero con tabique medial documentado junto a una vivienda de *Canca* y a tan solo 1 m de distancia de la estructura de molienda circular de la figura 13 (foto, el autor).

6. Economía, sociedad y religiosidad en el marco de la vivienda

La vivienda vaccea es un microcosmos en el que tienen lugar la mayor parte de las actividades que conforman la manera de vivir y de pensar de las familias vacceas. Es el marco de referencia vital, el lugar en el que el individuo nace, en el que toma conciencia tanto de su existencia como de la de sus familiares, donde tienen lugar las primeras experiencias que arraigarán profundamente en su memoria, con el transcurrir del tiempo es el ambiente que le liga a sus antepasados y, en muchas ocasiones, donde también muere. De ahí la enorme importancia que en cada cultura del pasado siempre se ha dado a la casa, gracias a lo cual, conocerla con detalle es conocer una parte sustancial del complejo mundo de quienes la ocuparon.

Desde el punto de vista físico, la casa vaccea es la unidad básica de ocupación del espacio urbano, al estar enmarcada en una estructura urbanística racionalmente organizada. Y es que la vivienda vaccea es vivienda urbana, ya que no se tiene constancia, al menos por ahora, de que existieran granjas rurales dispersas por el agro. Económicamente, también es la unidad básica de consumo y en buena medida de producción, al desarrollarse en ella tareas cotidianas tales como la molienda, la tejeduría o la fabricación de ciertos útiles que daban a las familias un nivel de autosuficiencia aún importante. En términos sociales, aunque los datos físicos de las casas nos permiten un acercamiento indirecto a cómo se estructuraba el cuerpo social en cada ciudad, un aspecto aún críptico tiene que ver con la imposibilidad de establecer el perfil antropológico de la familia vaccea. Puede que existieran familias de varios tipos; que las variaciones en número de miembros de cada familia nuclear fueran importantes; que unas, las aristocráticas y las de campesinos acomodados, tuvieran personal servil y el resto no; que hubiesen existido lazos de dependencia, de clientelismo, de unas familias respecto de otras, como sabemos que existían en el ámbito de la guerra. Despejar estas y otras muchas dudas es lo que nos falta para llenar de vida las frías estructuras arquitectónicas que exhumamos en las excavaciones. Y que en el marco de la vivienda se desarrollaban actividades relacionadas con la religiosidad privada de sus ocupantes nos lo están indicado no sólo la pervivencia de inhumaciones infantiles en el subsuelo de algunas de ellas, sino también la presencia de objetos que por sí mismos tienen carga simbólica o poseen decoraciones simbólicas, e incluso de depósitos funerarios que estuvieron a la vista de los ocupantes de las misma, como unos párrafos más adelante veremos.

Cuando se empiezan a construir cada vez de manera más habitual las viviendas de planta cuadrangular, se inicia un proceso en el que si el espacio doméstico fue progresivamente agrandándose y compartimentándose es porque las unidades familiares fueron progresando económicamente y las actividades de cada uno de sus miembros necesitaron de lugares concretos. De forma lenta, pero decidida, se fue pasando de la vivienda circular, de espacio único multifuncional, a la cuadrangular, donde cada lugar, incluso dentro de una misma estancia, tenía un uso específico. Desde comienzos del siglo IV a. C., la racionalización del espacio doméstico en las imperantes viviendas cuadrangulares adosadas unas a otras formando manzanas va estrechamente ligada al proceso de eclosión de la ciudad vaccea. Un proceso, por otra parte, en el que paralelamente se está produciendo la

consolidación de la élite político-social que ejerce la autoridad en ella al tiempo que impulsa su expansión y decide cómo se estructura. Esto último nos sugiere la idea de que mientras en la *fase formativa* e inicios de la de *plenitud* de la cultura del Soto de Medinilla la ordenación del espacio urbano no presentaba problemas graves para las incipientes clases gobernantes aldeanas, ya que lo habitual es que se construyeran las viviendas de planta circular aisladas unas de otras (*vid.* Blanco García, 2014b: fig. 2), con la generalización de las plantas cuadrangulares, que permitían el adosamiento, la consiguiente formación de manzanas, que los vecinos cargaran las techumbres de sus respectivas casas en paredes medianeras y que los únicos espacios de circulación entre ellas fuesen calles trazadas racionalmente, todo ello debió de exigir de esas autoridades una importante inversión de tiempo y trabajo para organizar el espacio urbano y, llegado el caso, para imponer su criterio cuando entre dos vecinos surgiese alguna disputa. Es a inicios de ese siglo IV a. C. cuando los núcleos vacceos dan el salto de gran aldea a ciudad, y cuando poco más tarde algunas de ellas, como por ejemplo *Cauca*, se protegen mediante murallas cuya construcción también hubo de estar promovida y dirigida, sin duda, por la élite gobernante.



Figura 16. Recreación de la denominada *Estancia del Banquete*, de Las Quintanas-Pintia (Romero Carnicero/Sanz Mínguez, 2007).

La estancia principal de la vivienda era el centro de la vida doméstica y, junto a las alcobas, lugar de pernocta también. En relación con esto último, un aspecto que nos resulta por completo desconocido es el relativo a los dispositivos sobre los que dormirían ya que sus restos carbonizados nunca se han podido identificar. Probablemente utilizarían lechos de paja o de retama cubiertos bien de piezas textiles de esa áspera lana con la que fabricaban los *saga* pero con forma de manta, bien de pieles. Además de esta función, que se explica por lo numerosas que debían de ser las familias y el hecho de que se trata de la estancia más caldeada, la sala era el centro de la vida social de la familia y el lugar en el que tenían lugar los actos de representación y acogida de los visitantes. Donde se establecerían acuerdos, se limarían asperezas y, en definitiva, el marco en el que se “engrasarían” las relaciones sociales. La pintiana *Estancia del Banquete*, perteneciente a una vivienda de época sertoriana en la que seguramente vivió un personaje aristocrático, nos ofrece un buen ejemplo de esto al haberse recuperado en ella un conjunto de vasos y fuentes relacionados con el consumo de vino y carne (Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2007: 111-112; Romero Carnicero, Sanz Mínguez, C. y Górriz Gañán, 2009: 242-243; Sanz Mínguez, C., Romero Carnicero y Górriz Gañán, 2009: 603-607, fig. 3) (Figura 16). Constituye el equivalente vacceo, aunque con rasgos más modestos, de las salas de representación identificadas en viviendas aristocráticas de los siglos V-III a. C. de algunas ciudades ibéricas como Ullastret, Burriac, Toixoneres o La Quéjola, por ejemplo (Aranegui, 2012: 92-93), que en última instancia remiten al mundo mediterráneo.

Del mismo modo que las clases dirigentes de las ciudades vacceas hicieron exhibición de su riqueza y alta condición social a través de los adornos y objetos de prestigio con los que se engalanaban (ropajes vistosos de calidad, fíbulas, brazaletes, pulseras, pectorales, colgantes, determinadas armas, etc.) y de sus propiedades (caballos, cabezas de ganado, tierras), la vivienda debió de ser también escenario de exhibición de la posición de privilegio que ostentaban. Hay que imaginar que las despensas bien surtidas de variados productos de origen tanto autóctono como foráneo, las repisas, vasares y alacenas cuajadas de recipientes cerámicos y metálicos de calidad, muchos de ellos reservados para ocasiones especiales y con alta significación simbólica, o el mismo armamento dispuesto en lugares a la vista del visitante, constituirían el escaparate mediante el cual se trataba de deslumbrar a los ajenos al entorno familiar. No obstante, tanto en las casas aristocráticas como en las de los sectores sociales menos favorecidos el mobiliario debía de ser mínimo, característica ésta que es común a la vivienda prerromana hispana.

Pero la vivienda no sólo es continente físico de uso más o menos dilatado dentro de la cual se satisfacen las necesidades básicas de sus ocupantes —protección ante las inclemencias del tiempo, almacenamiento, procesado y preparación de los alimentos, pernocta, relaciones familiares y conyugales—, sino también el marco en el que se desarrollan actividades vinculadas con la religiosidad doméstica. Identificar y reunir evidencias materiales relacionadas con la dimensión simbólica de los espacios habitacionales no es fácil. Tres son las más claras: la presencia de enterramientos, tanto infantiles como de animales jóvenes en el subsuelo de algunas casas que, de forma generalizada, se vienen interpretando bien como

depósitos votivos, fundacionales, bien como evidencia de que hasta cierta edad, y aquí nos referimos exclusivamente a los neonatos y menores de un año, no se tenía derecho a ser enterrado en el espacio cementerial; la constatación de cómo en ciertos casos las urnas cinerarias de algún familiar no han ido a parar a los cementerios, sino que se han guardado en alguna estancia de la vivienda; y en tercer lugar, la presencia de determinados objetos portátiles simbólicos, si bien éstos siempre son susceptibles de interpretaciones diversas. Empezando por las inhumaciones de niños o animales, tan corrientes en las viviendas soteñas (Delibes de Castro *et alii*, 1995: 78-79; Ramírez Ramírez, 1999: 75-78; Delibes de Castro y Romero Carnicero, 2011: 72-73; Macarro y Alario, 2012: 67; Misiego *et alii*, 2013: 222-227, fig. 42 y láms. 107-108), hasta hace poco pensábamos que en las del Segundo Hierro tenían ya cierto carácter residual, pero a medida que avanza la investigación se está viendo cómo en este periodo fueron muy habituales también, lo que significa que la ideología existente en torno a las mismas aún está muy vigente. Por ahora se tienen constatadas en una vivienda ya muy tardía de *Pintia* (Sanz Mínguez *et alii*, 2003b: 147, fig. 1), en la *Casa del Sótano de Randa* (Abarquero y Palomino, 2012: 58, lám. 11), en la cabaña 98 de La Corona/El Pesadero, fechada a inicios del Hierro II (Misiego *et alii*, 2013: 227), en una vivienda de La Aguilera de Montealegre (Heredero García, 1993: 296), así como en Castrojeriz, ciudad situada en la misma frontera del territorio vacceo (información que de nuevo agradezco a J. D. Sacristán).

En dos viviendas vacceas, por el momento, se ha constatado la presencia de urnas cinerarias. En la Casa 3 de Montealegre, sobre una alacena de tapial se conservaban dispuestos en su posición original varios recipientes cerámicos, uno de los cuales resultó ser una urna perteneciente a un guerrero en la que varios fragmentos de armas inutilizadas aparecían mezclados con trozos de huesos humanos quemados (Blanco García *et alii*, 2011: 81 y 82 foto segunda). Desconocemos si los vasos que tenía al lado formaban parte del conjunto funerario o nada tenían que ver, pero donde sí pudimos certificar que una docena de recipientes acompañaban a la urna cineraria fue en una de las viviendas exhumadas en 1999 en *Cauca*, lo que significa que en algunas casas vacceas existieron depósitos funerarios tan complejos como los documentados en las necrópolis (Blanco García, Pérez González y Reyes Hernando, 2012-2013: 96-97, figs. 26-28). Este conjunto vascular estaba formado por una gran tinaja de almacenamiento de casi 80 cm de altura que fue usada como urna, una jarra con asa de tipo cesta, de pasta anaranjada y pintada con un friso de motivos geométricos, un mortero con pie de copa, completo pero sin decoración pintada, una copa con pie, dos vasos de tipo bol decorados con pintura ocre, un vaso cerrado, de cuerpo ovoide que cierra por la parte superior con un pequeño cuello y numerosos fragmentos pertenecientes a, al menos, tres ollas de cerámica de cocina, cocidas en atmósfera reductora. Pero el conjunto no termina aquí. Dentro de la tinaja aparecieron los siguientes elementos: una copa de pasta rosada, decorada con dos bandas de pintura roja por el interior; un caliciforme también pintado, en marrón oscuro, que estaba colocado en el fondo del *dolium* pero boca abajo y en el que han quedado abundantes indicios que haber estado en contacto con objetos de hierro; varios fragmentos de hierro muy deteriorados al haber sido expuestos

al fuego intenso de la pira funeraria pero entre los que se podían reconocer un tahalí fragmentado, la parte tubular de una punta de lanza, dos trozos de la vaina de una espada o puñal con contera de disco y el extremo partido de un pomo quizá de una espada de tipo Arcóbriga o de un puñal largo; y finalmente, seis fusayolas, de las cuales dos están decoradas con incisiones mostrando una composición geométrica y el resto son lisas, una de ellas muy afectada por el fuego. Por si quedaba alguna duda sobre el carácter funerario de este excepcional conjunto, a estos materiales hay que añadir varios pequeños fragmentos de hueso quemados y después lavados.

Las observaciones estratigráficas y el análisis ceramológico indican que estamos ante un conjunto tardío dentro del devenir histórico vacceo, seguramente del siglo II o inicios del I a. C. No hay ninguna duda de que se trata de la cremación de alguien que era importante para los ocupantes de esta vivienda caucense, muy posiblemente de condición aristocrática, cuyos restos no se quisieron depositar en la necrópolis, sino tenerlos cerca de ellos.

Para ir finalizando ya, hemos de señalar cómo es larga la lista de interrogantes y aspectos que desconocemos en torno a la arquitectura doméstica vaccea. No tenemos nada que nos permita pensar, por ejemplo, en la posible existencia de que alguna estancia hubiese sido utilizada como tienda, tal como se ha constatado en sendas viviendas del poblado alavés de La Hoya (Llanos, 2002: 73-74). Una de las cuestiones que nos resulta más impenetrable en cada casa exhumada es la de establecer los tiempos: el tiempo transcurrido entre una capa de pintura de la pared y otra, pues en alguna ocasión (*Cauca*) hemos contado hasta nueve capas de blanqueo; el tiempo que media entre un pavimento y su renovación, al documentarse en muchas de ellas secuencias de tres o cuatro; y, en general, su periodo de vida, el tiempo aproximado que transcurrió entre el momento en el que fue construida y el de su destrucción, datos éstos que, de conocerlos, nos permitirían saber, en cada casa, cuántas generaciones vivieron bajo el mismo techo. Sólo mediante procedimientos indirectos podemos hacer aproximaciones, aunque asumiendo siempre que el margen de error podría llegar a ser alto. Una vivienda en cuyas paredes el revoco sólo cuenta con una capa de pintura es de suponer que estuvo ocupada durante menos tiempo que aquella otra en la que se documentan varias; si en las estancias de una casa hay un único pavimento quiere decirse que estuvo habitada menos tiempo que las que cuentan con tres o cuatro renovaciones del suelo; remodelaciones internas o añadidos de nuevas estructuras auxiliares indican que el periodo de vida de esa casa ha sido mayor que el de aquellas otras en las que nunca se realizaron. Los restos muebles recuperados en su interior, sobre todo los recipientes cerámicos, también permiten hacer aproximaciones de este tipo, aunque aquí pueden ser más discutibles las aproximaciones habida cuenta la falta de un marco secuencial, con periodos y fechas absolutas, admitido por todos. En cualquier caso, no es lo mismo recuperar una colección cerámica perteneciente a un periodo concreto, pongamos por caso, los comienzos de la Segunda Edad del Hierro, que una colección en la que estén representadas, por ejemplo, producciones características del siglo y medio que se extiende desde mediados del II a. C. hasta el cambio de Era, tiempo éste en el que algunos de esos objetos quizá llegasen a adquirir la condición de reliquias familiares.

A pesar de estas y otras muchas carencias, en las páginas precedentes hemos tratado de exprimir la información que nos ofrece la arquitectura doméstica vaccea para intentar dar un paso adelante en el conocimiento de las costumbres del pueblo vacceo en materia de construcción porque consideramos que este es uno de los elementos que mejor definen su perfil histórico y cultural. En última instancia, la arquitectura doméstica constituye un excelente laboratorio en el que es posible reconstruir parte de la estructura social, económica e ideológica de los vacceos, por lo que es necesario seguir generando nueva información.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO, F. J. (2006-07): “Simbolismo cenital en el mundo vacceo. A propósito de un recipiente de cerámica de Las Eras de San Blas (Roa, Burgos)”, *BSAA arqueología*, LXXII-LXXIII, pp. 183-209.
- ABARQUERO, F. J.; PALOMINO, A. L. (2006): “Vertavillo, primeras excavaciones arqueológicas en un *oppidum* vacceo del Cerrato palentino”, *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 77, pp. 31-116.
- (2012): *Arquitectura doméstica y mundo simbólico en la ciudad vaccea de Rauda. La ‘Casa del Sótano’ en las Eras de San Blas (Roa, Burgos)*. Burgos.
- ARANEGUI, C. (2012): *Los iberos ayer y hoy. Arqueologías y culturas*. Madrid.
- ARLEGUI, M. A. (1990): “La Edad del Hierro”, en J. L. Argente (coord.). *Museo Numantino. Guía del Museo*, Soria, pp. 39-56.
- BALADO, A.; CENTENO, I.; MARCOS, F. J. (2008): *Informe de la excavación arqueológica en la ampliación del I.E.S. Cauca Romana de Coca (Segovia)*. Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Segovia, de la Junta de Castilla y León.
- BARRIO MARTÍN, J. (1993): “Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)” en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, Valladolid, pp. 173-212.
- (1999): “Arquitectura de tierra en el poblado prerromano de Cuéllar (Segovia, España)”, en M. Hamman (coord.) *Actes du Colloque International sur L’Architecture en Terre en Méditerranée : Histoire et Perspectives*. Université Mohammed V. Colloques et Séminaires, 80, Rabat, pp. 41-69.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1993): “Excavación en la Avda. de la Constitución. Coca (Segovia)”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4, pp. 159-173.
- (2014a): “Las raíces de los vacceos”, *Vaccea Anuario 2013* (nº 7), pp. 54-64.
- (2014b): “Indicios arqueológicos de desigualdad social en los poblados de la *fase de plenitud* de la cultura del Soto de Medinilla (700-400 a. C.) situados en el centro de las campiñas meridionales del Duero”, Anejos a *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 1. Homenaje a la prof. Catalina Galán Saulnier, pp. 87-100.
- (2015a): “La muralla de *Cauca* vaccea”, *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 8, pp. 87-134.
- (2015b): “Piedra y barro. La muralla de la ciudad vaccea de *Cauca*”, *Vaccea Anuario 2014* (nº 8), pp. 38-46.
- (e. p.): *Cauca. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad vaccea*. Vaccea Monografías, 5. CEVFW de la Universidad de Valladolid. Valladolid.

- BLANCO GARCÍA, J. F.; LUCENDO DÍAZ, D.; RETUERCE VELASCO, M.; TORRES GONZÁLEZ, T. (2011): “El *oppidum* vacceo de Montealegre de Campos (Valladolid) a la luz de las recientes excavaciones arqueológicas”, *Vaccea Anuario 2010* (nº 4), pp. 78-82.
- BLANCO GARCÍA, J. F.; PÉREZ GONZÁLEZ, C.; REYES HERNANDO, O. V. (2012-2013): “Campaña de excavación arqueológica de 1999 en *Canca* (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica”, *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 8-9, pp. 29-144.
- BLANCO GARCÍA, J. F.; RETUERCE VELASCO, M. (2010): “Últimas intervenciones arqueológicas en el Cerro de La Mota (Medina del Campo, Valladolid)”, *Vaccea Anuario 2009* (nº 3), pp. 77-79.
- BLASCO, M. C.; ALONSO, M. A. (1986-1987): “Paralelos arquitectónicos entre la meseta norte y el alto Tajo durante la II Edad del Hierro”, *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 159-168.
- BURILLO F.; SUS, M. L. DE (1988): “La Casa 2 de Herrera”, en F. Burillo, J. A. Pérez y M. L. de Sus (eds.) *Celtiberos*. Catálogo de la Exposición (Zaragoza, 1988), Zaragoza, pp. 62-67.
- CASTRO, L. DE (1973): “Ubicación de *Pallantia* prerromana”, *Hispania Antiqua*, III, pp. 417-460.
- CELIS, J. (1993): “La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de ‘Los Cuestos de la Estación’, Benavente (Zamora)”, en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, Valladolid, pp. 93-132.
- CENTENO CEA, I.; SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; GARRIDO BLÁZQUEZ, A. I. (2003): “Aproximación al urbanismo vacceo-romano de *Pintia*”, en C. Sanz y J. Velasco (eds.) *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Catálogo de la Exposición *Pintia Cotidiana y Simbólica* (Valladolid, 2003), Valladolid, pp. 69-98.
- CUADRADO, A.; SAN MIGUEL, L. C. (1993): “El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo (Valladolid)”, en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, Valladolid, pp. 303-334.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F. (2011): “La plena colonización agraria del Valle Medio del Duero”, en J. Álvarez-Sanchís, A. Jimeno Martínez y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Aldeas y Ciudades en el Primer Milenio A. C. La Meseta Norte y los Orígenes del Urbanismo*. Complutum, 22 (2), 49-94.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; MORALES MUÑIZ, A. (eds.) (1995): *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio A. C. en el Duero Medio*. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1995): “El poblado ‘céltico’ de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio A. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 149-177.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z.; SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1995): “Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 47-146.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. (1995): “Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de ‘El Soto de Medinilla’ (Valladolid)”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 179-217.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda* (I). Ávila.
- (2011): *El poblado fortificado de ‘El Raso de Candeleda’ (Ávila): el Núcleo D. Un poblado de la III Edad del Hierro en la Meseta de Castilla*. Sevilla.

- GARCÍA HUERTA, R.; MORALES, F. J.; VÉLEZ, J., SORIA, L.; RODRÍGUEZ, D. (2006): “Hornos de pan en la Oretania septentrional”, *Trabajos de Prehistoria*, 63 (nº 1), pp. 157-166.
- GÓMEZ PÉREZ, A.; SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): “El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica”, en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, Valladolid, pp. 335-370.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (2008): “La casa vettona. Actuaciones recientes en el castro de La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila)”, en J. Álvarez-Sanchis (ed.) *Arqueología Vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*, Zona Arqueológica, 12, Madrid, pp. 202-211.
- HEREDERO GARCÍA, R. (1993): “Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo (Montealegre)”, en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, Valladolid, pp. 279-302.
- (1995): “Notas sobre la Edad del Hierro en el yacimiento de El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 247-269.
- HERNÁNDEZ, L.; RUBIALES, J. M.; MORALES-MOLINO, C.; ROMERO, F., SANZ, C.; GÓMEZ, F. (2011): “Reconstructing forest history from archaeological data: A case study in the Duero basin assessing the origin of controversial forest and the loss of tree populations of great biogeographical interest”, *Forest Ecology and Management*, 261, pp. 1178-1187.
- JIMENO, A. (1994): “Numancia”, en *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la península Ibérica*, Madrid pp. 119-134.
- LLANOS, A. (2002): *Gentes del Hierro en privado. La Casa en la Edad del Hierro en Álava*. Catálogo de la Exposición (Vitoria, 2002). Vitoria.
- MACARRO, C.; ALARIO, C. (2012): *Los orígenes de Salamanca: el poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca.
- MISIEGO, J. C.; MARTÍN, M. A.; MARCOS, G. J.; SANZ, F. J.; PÉREZ, F. J.; DOVAL, M.; VILLANUEVA, L. A.; SANDOVAL, A. M.; REDONDO, R.; OLLERO, F. J.; GARCÍA, P. F.; GARCÍA, M. I.; SÁNCHEZ, G. (2013): *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de ‘La Corona/El Pesadero’, en Manganese de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 19. Edición digital.
- MORÍN, J.; ESCOLÁ, M.; AGUSTÍ, E.; BARROSO, R.; PÉREZ, A.; URBINA, D. (2005): “El urbanismo”, en S. Quero *et alii* (coords.) *El Cerro de La Gavia. El Madrid que Encontraron los Romanos*. Catálogo de la Exposición (Madrid, 2005), Madrid, pp. 125-144.
- PALOL, P. DE (1958): “Las excavaciones del poblado céltico de El Soto de Medinilla”, *BSAA*, 24, 182-185.
- (1961): “Nuevos datos para el estudio de la Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero”, en *V Internationalen Kongress für Vor-und Frühgeschichte* (Hamburg, 1958), Berlín pp. 645-648.
- (1966): “Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta castellana”, *IX Congreso Nacional de Arqueología*, (Valladolid, 1965), pp. 24-35.
- PALOL, P. DE; WATTENBERG, F. (1974): *Carta arqueológica de España*. Valladolid. Valladolid.
- RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L. (1999): “La casa circular durante la primera Edad del Hierro en el Valle del Duero”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1995/1996*, 7, pp. 67-94.
- RETUERCE, M.; HERVÁS, M. A. (2009): *Informe final de los sondeos arqueológicos realizados en dos solares de Montealegre de Campos (Valladolid): La Casona, San Nicolás*. Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de la Junta de Castilla y León de Valladolid.

- REVILLA, M. L.; BERZOSA, R.; MARTÍNEZ, J. P.; DE LA TORRE, J. I.; JIMENO, A. (2005): “Numancia”, en A. Jimeno (ed.) *Celtiberos. Tras la estela de Numancia*. Catálogo de la exposición (Soria, 2005), Soria, pp. 161-168.
- ROMERO CARNICERO, F. (1992): “Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la Primera Edad del Hierro”, en J. M. Báez Mezquita (coord.) *Arquitectura Popular de Castilla y León. Bases para su Estudio*, Valladolid, pp. 175-211.
- ROMERO CARNICERO, F.; GÓRRIZ GANÁN, C. (2007): “Banquete y consumo del vino entre los vacceos”, en C. Sanz y F. Romero (eds.), *En los Extremos de la Región Vaccea*. Catálogo de la Exposición (Cea y Padilla/Peñafiel, 2007), León, pp. 111-114.
- ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C. (2007): “Trigo, adobes, hierro y ciudades. Los vacceos en los inicios de la Historia”, en C. Sanz y F. Romero (eds.), *En los Extremos de la Región Vaccea*. Catálogo de la Exposición (Cea y Padilla/Peñafiel, 2007), León, pp. 15-41.
- ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; GÓRRIZ GANÁN, C. (2009): “El vino entre las élites vacceas. De los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo”, en C. Sanz y F. Romero (eds.) *El Vino y el Banquete en la Europa Prerromana*, Valladolid, pp. 225-251.
- ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z. (eds.) (1993): *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid.
- RUBIALES, J. M.; HERNÁNDEZ, L.; ROMERO, F.; SANZ, C. (2011): “The use of forest resources in central Iberia during the Late Iron Age. Insights from the wood charcoal analysis of *Pintia*, a Vaccaean *oppidum*”, *Journal of Archaeological Science*, 38, pp. 1-10.
- RUIZ, A. (2009): “Del espacio urbano a la ciudad en la sociedad ibérica”, en P. Mateos *et alii* (eds.) *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental*, 153-173. Mérida.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1995): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G.; MÄRTENS, G.; CONTRERAS, M.; BAQUEDANO, E. (2012): *Los últimos carpetanos. El oppidum del Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid)*. Catálogo de la Exposición (Alcalá de Henares, 2012). Madrid.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- (2010): “El poblamiento y el urbanismo vacceos”, en Romero Carnicero, F. y Sanz Mínguez, C. (eds.) *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Vaccea Monografías, 4. CEVFW Universidad de Valladolid, Valladolid, pp. 123-161.
- (2011): “El urbanismo vacceo”, en J. Álvarez Sanchís, A. Jimeno Martínez y G. Ruiz Zapatero (eds.) *Aldeas y Ciudades en el Primer Milenio A. C. La Meseta Norte y los Orígenes del Urbanismo*. Complutum, 22 (2), Madrid, pp. 185-222.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D.; SAN MIGUEL MATÉ, L. C.; BARRIO MARTÍN, J.; CELIS SÁNCHEZ, J. (1995): “El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero”, en F. Burillo (coord.), *III Simposio sobre Celtiberos. Poblamiento Celtibérico*, Zaragoza, pp. 337-367.
- SAN MIGUEL, L. C. (1995): “Origen y evolución del *oppidum* vacceo de ‘Las Quintanas’ (Valoria la Buena, Valladolid)”, en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, Valladolid, pp. 319-334.
- SAN MIGUEL, L. C.; ARRANZ, J. A.; GÓMEZ, A. (1995): “Novedades urbanísticas en hábitats vacceos”, en F. Burillo (coord.), *III Simposio sobre Celtiberos. Poblamiento Celtibérico*, Zaragoza, pp. 381-387.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; GÓRRIZ GANÁN, C. (2009): “Espacios domésticos y áreas funcionales en los niveles sectorianos de la ciudad vacceo-romana de *Pintia* (Padilla de

- Duero / Peñafiel, Valladolid)”, en M. C. Belarte (ed.) *L'Espai Domèstic i l'Organització de la Societat a la Protobistòria de la Mediterrània Occidental (Ier mil·lenni aC)*. ArqueoMediterrània, 11, Barcelona, pp. 253-270.
- (2010): “El vino en *Pintia*: nuevos datos y lecturas”, en F. Burillo (coord.) *VI Simposio sobre Celtíberos. Ritos y Mitos*, Zaragoza, pp. 595-612.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; CENTENO CEA, I. (2003a): “Nuevos testimonios sobre la agricultura vaccea”, en C. Sanz y J. Velasco (eds.) *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Catálogo de la Exposición *Pintia Cotidiana y Simbólica* (Valladolid, 2003), Valladolid, pp. 99-123.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; CENTENO CEA, I.; JUAN I TRESSERAS J.; MATAMALA, J. C. (2003b): “Escatología vaccea: nuevos datos para su comprensión a través de la analítica de residuos”, en C. Sanz y J. Velasco (eds.) *Pintia. Un Oppidum en los Confines Orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Catálogo de la Exposición *Pintia Cotidiana y Simbólica* (Valladolid, 2003), Valladolid, pp. 145-171.
- SERRANO, C.; BARRIENTOS, J. (1933-1934): “La estación arqueológica del Soto de Medinilla”, *BSAA*, II (V), pp. 213-226.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1959a): “Estación arqueológica de Tàrieo (Palencia)”, *BSAA*, XXV, 212-218.
- (1959b): *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la Cuenca Media del Duero*, (BPH, II). Madrid.